

## Técnicas etnográficas<sup>1</sup>

Eduardo Restrepo

“Se puede viajar por todo el mundo sin ver nada, o se puede ir solamente a la tienda de la esquina y descubrir todo un mundo”

Horacio Calle (1990: 10).

Para los propósitos de este texto, por técnicas etnográficas se entiende las diferentes herramientas de investigación que buscan ofrecer, mediante un énfasis en la descripción, una comprensión de aspectos de la vida social de manera situada e incorporando la perspectiva de la gente. En palabras de Jesús Galindo, “El objeto general del trabajo de la etnografía es la descripción, para su comprensión, de la vida social” (1998: 187). Se habla de técnicas etnográficas en plural y no en singular porque no hay una sola sino varias. En este texto vamos a abordar las técnicas etnográficas más utilizadas por los investigadores en sus estudios con el propósito de que los estudiantes puedan entender sus características y estén en capacidad de implementarlas de manera creativa en sus propias investigaciones.

El texto ha sido escrito para estudiantes de especialización que poseen cierto bagaje en formación universitaria pero que no tienen necesariamente una formación en antropología. Además de estudiantes de especialización sin formación previa en antropología, los estudiantes de pregrado de antropología pueden encontrar en estas notas algunas sugerencias útiles a la hora de enfrentar su primer trabajo de campo. El lenguaje escogido, los temas presentados y los ejercicios plantados buscan generar un primer acercamiento al estilo de trabajo y de pensamiento asociado a la etnografía.

Tal vez más que cualquier otra técnica en investigación, la etnografía se aprende desde la práctica misma. La etnografía es un arte que, como la pesca o la ebanistería, solo se aprende y perfecciona realmente cuando el estudiante se enfrenta a hacer etnografía. Por esto, en este texto se requiere que cada estudiante realice un puntual ejercicio de investigación etnográfico durante el semestre.

Aunque a medida que se elabora la argumentación se hacen referencias de distintos autores que han trabajado esta temática, es relevante indicar que los planteamientos y sugerencias que aquí se hacen se derivan en gran parte de mi experiencia en investigación etnográfica. Esta experiencia se inicia a comienzos de los años noventa en diferentes trabajos que se han enfocado en la región del Pacífico colombiano y en las poblaciones afrodescendientes. No sólo ha implicado etnografía clásica entre grupos rurales, sino también en áreas urbanas y en temáticas como la modernidad, el estado o los procesos organizativos.

---

<sup>1</sup> Este borrador se basa en un texto escrito para la Especialización en Métodos y Técnicas de Investigación en Ciencias Sociales, de la Fucla.

## I. La labor etnográfica

“[...] si uno desea comprender lo que es una ciencia, en primer lugar debería prestar atención, no a sus teorías o sus descubrimientos y ciertamente no a lo que los abogados de esta ciencia dicen sobre ella: uno debe atender a lo que hacen los que la practican”

Clifford Geertz ([1973] 1996: 20).

Muchas personas asocian la palabra etnografía con los estudios que suelen hacer los antropólogos. Algunas de estas personas incluso pueden señalar que esta palabra se descompone en *etno* (pueblo, gente) y *grafía* (escritura, descripción); por lo que etimológicamente etnografía significaría una escritura o descripción de los pueblos o gentes. La etnografía sería lo que hacen los antropólogos cuando trabajan con comunidades indígenas. En este caso, se dice, que el antropólogo se va a vivir por periodos más o menos largos con la comunidad indígena que estudia para, mediante una prolongada experiencia personal que en muchos casos pasa por aprender el idioma de esta comunidad, pueda conocer diversos aspectos de esa cultura. Con este conocimiento, el antropólogo escribiría un libro monográfico en el cual explicaría esta cultura a otras personas.

Aunque hay cierta razón histórica para que se hayan fijado, estas ideas sobre la etnografía y el trabajo de los antropólogos no son del todo precisas. Es más, como veremos en este texto, la etnografía no es hoy solo utilizada por los antropólogos ni se limita a los estudios de las comunidades indígenas. Desde hace ya muchas décadas, profesionales de diferentes formaciones vienen recurriendo a la etnografía para adelantar sus estudios (cfr. Willis [1978] 2008, Hebdige [1979] 2004). Trabajadores sociales, sociólogos, economistas y politólogos, entre otros, han estado adelantando sus investigaciones recurriendo a la etnografía. Hoy, entonces, no se puede decir que la etnografía es algo exclusivo de los antropólogos, aunque éstos sean los que recurren a ella como parte de su identidad disciplinaria.

En ciertas áreas como los estudios de mercado, la etnografía se ha puesto de moda y es altamente demandada por los diseñadores de nuevos productos más adecuados a los distintos consumidores. Los publicistas y planificadores también han descubierto las ventajas de los estudios etnográficos para orientar sus labores a partir de un conocimiento más profundo y detallado de las poblaciones a las que pretenden intervenir. La etnografía, por tanto, no se circunscribe al estudio de las comunidades indígenas, ni siquiera entre los antropólogos. Por un lado, el grueso de la antropología del país ha dejado de dedicarse exclusiva o predominantemente al estudio de las poblaciones indígenas desde hace ya dos décadas. No sólo otros grupos étnicos como las comunidades negras rurales son ya parte de la preocupación de los antropólogos, sino también múltiples aspectos de las poblaciones urbanas y otros temas emergentes que trascienden los estudios realizados en un lugar. Hoy se puede afirmar, incluso, que las denominadas ‘minorías étnicas’ han dejado de ser el centro de la imaginación antropológica.

En la presentación del texto decíamos que, de una forma muy general, se podía definir a la etnografía como aquel conjunto de técnicas de investigación que hacen énfasis en la *descripción* de lo que una gente hace desde la perspectiva de la misma gente. Esto quiere decir que a un estudio etnográfico le interesa tanto las prácticas (lo que la gente hace) como los significados que estas prácticas adquieren para quienes las realizan (la perspectiva de la gente sobre estas prácticas). Describir las relaciones entre prácticas y significados para unas personas concretas sobre algo en particular (como puede ser un lugar, un ritual, una actividad económica, una institución o un programa), es lo que busca un estudio etnográfico. Con estas

descripciones, la etnografía permite dar cuenta de algunos aspectos de la vida de unas personas sin perder de vista cómo estas personas entienden tales aspectos de su mundo.

Como los estudios etnográficos se refieren a descripciones sobre esas relaciones entre prácticas y significados para unas personas sobre ciertos asuntos de su vida social en particular, esto hace que impliquen *comprensiones situadas*. Estas descripciones son comprensiones situadas porque dan cuenta de formas de habitar e imaginar, de hacer y de significar el mundo para ciertas personas con las cuales se ha adelantado el estudio. Situadas también porque dependen en gran parte de una serie de experiencias (de observaciones, conversaciones, inferencias) sostenidas por el etnógrafo en un momento determinado para estas personas que también hacen y significan dependiendo de sus propios lugares y trayectorias, de las relaciones sociales en las que se encuentran inscritos y de las tensiones que encarnan.

Ahora bien, situadas no significa que sus resultados sean limitados a las personas y lugares en los que se hizo el estudio etnográfico. Desde el anclaje concreto de la etnografía se pueden establecer ciertas generalizaciones y teorizaciones que van más allá de los sitios y gentes con las que se adelantó el estudio etnográfico. Así, por ejemplo, si hacemos una investigación etnográfica sobre la configuración y operación de las clientelas políticas en un barrio popular de Bogotá, esto no significa que lo que allí encontramos se limite a este barrio, sino que nos está evidenciando cuestiones de la cultura política más general del país. Lo mismo si hacemos una etnografía de las concepciones del estado en el Chocó, los resultados pueden ser relevantes para conceptualizar ciertas modalidades de configuración del estado en general. Lo importante para retener aquí, es que el hecho de que la investigación etnográfica es situada de esto no se deriva que se limite a un lugar y una gente. No se puede confundir el objeto de estudio con el lugar de estudio.

### **Condiciones y habilidades**

La descripción etnográfica no es tan fácil como a primera vista pudiera aparecer. No se puede describir lo que no se ha entendido, y menos aun lo que no se es capaz si quiera de observar o identificar a pesar de que esté sucediendo al frente de nuestras narices. De ahí que la labor etnográfica requiera el desarrollo de un conjunto de condiciones y habilidades que le ‘abran los ojos’ al etnógrafo, que le permitan entender lo que tendrá que describir.

Entre las condiciones se pueden resaltar tres. En primer lugar, en el marco de un estudio etnográfico incluso la observación más elemental supone que se cuenta con una pregunta o problema de investigación. Esta pregunta o problema no sólo permite en términos generales distinguir lo que es pertinente de lo que no lo es, sino que también orienta la labor del etnógrafo en ciertas direcciones visibilizando asuntos que de otra forma permanecerían en la penumbra. Sin pregunta o problema de investigación no es posible adelantar ningún tipo de estudio etnográfico. En parte los ojos del etnógrafo (o sus gafas) son constituidos por su pregunta o problema de investigación.

Una segunda condición en un estudio etnográfico es ser aceptada la presencia del etnógrafo por las personas con las que se realiza la investigación. Sobre todo cuando el estudio etnográfico se encuentra diseñado recurriendo a la técnica de la observación participante localizada, es indispensable que la gente con la que se trabaja tenga la disposición a que el etnógrafo no solamente resida en el lugar sino que esté observando y preguntando sobre lo que le interesa. Ahora bien, hay estudios etnográficos que no recurren a esta técnica de la observación participante sino a otras como al del informante (por ejemplo, el famoso caso de la etnografía de los Desana escrita por Reichel Dolmatoff con base en entrevistas realizadas

en Bogotá a un miembro de este grupo indígena) o los trabajos de antropología histórica que realizan una lectura etnográfica a los archivos para periodos y gentes del pasado.<sup>2</sup>

Finalmente, la tercera condición para resaltar es contar con buen tiempo para realizar la investigación etnográfica. El trabajo de campo toma tiempo, tiene su propio ritmo. Una etnografía demanda un periodo prolongado de tiempo, pues no alcanza a conocer de la noche a la mañana la vida de otra gente y mucho menos sus propios significados. No se puede hacer etnografía con un par de visitas de fin de semana. En algunos casos, como cuando hay que aprender una lengua distinta o cuando el problema de investigación así lo demande (un ciclo de siembra, por ejemplo), los estudios etnográficos pueden fácilmente tomar años. Las técnicas etnográficas tienen sus ritmos, que no pueden ser caprichosamente acelerados: “La información no se recoge en un par de jornadas ni de una sola fuente, sino que se obtiene a lo largo de prolongados periodos y recurriendo a diversos informantes [...]” (Guber 2005: 100). Como dependen en gran parte de la construcción de familiaridad y confianza de la gente con la que se trabaja, los afanes y agendas apretadas no tienen cabida. Además, el proceso de aprendizaje del investigador es lento, no es necesariamente acumulativo ni unidireccional.

Entre las habilidades o destrezas que se deben desarrollar para adelantar adecuadamente un estudio etnográfico cabe resaltar las siguientes. En primer lugar hay que *aprender a percibir*, y esto en los registros que abren los cinco sentidos. Aprender a observar, esto es, generar una mirada reflexiva sobre aquellos asuntos de la vida social que son relevantes para la investigación adelantada. Esta mirada reflexiva busca identificar lo relevante en la incesante multiplicidad de cosas que suceden, muchas de ellas en una aparente nimiedad que suelen llevar a que no se les preste la menor atención (Cardoso de Oliveira 2004). Una adecuada observación tiene el efecto de visibilizar cosas que en su aparente obviedad pasan desapercibidas (es decir, no son vistas a pesar de que suelen estar a la vista de todos todo el tiempo).

Así como hay que saber observar, también es muy importante para la labor etnográfica aprender a escuchar. Para escuchar se requiere estar atento, no sólo a lo que se dice, sino también a la forma en que se dice, quién y cuándo se dice. Como si esto fuese poco, hay que estar atento a los silencios que pueden decir tanto como las palabras. Pero estar atento no implica simplemente querer estarlo, sino saber cómo. Y este saber cómo pasa por aprender los más sutiles códigos de la comunicación que operan en los lugares y con las gentes con las que se adelanta el estudio etnográfico. A veces, estos códigos implica asistir a un sitio en determinado momento, a veces puede significar acompañar en el camino o en la faena de trabajo a alguien; en ocasiones requiere guardar silencio, en otras toca asentir o interpelar al interlocutor.

Además del saber cómo estar atento, es crucial no asumir sin mayor indagación y sospecha que se ha entendido lo que uno ha escuchado. Una palabra puede tener un significado muy distinto del que uno le puede estar atribuyéndole. Lo mismo sucede con una conversación, un gesto o un silencio. El etnógrafo debe sospechar permanentemente de sí mismo, de lo que cree haber escuchado, de los significados que le ha otorgado a una historia contada, a una charla sostenida, a una categoría local registrada.

Los olores, gustos y el tacto también son parte de aprender a percibir en un estudio etnográfico. Hay todo un universo de información que suele no pasar por la visión ni por los oídos. Aunque siempre importantes, para ciertos estudios etnográficos estos sentidos pueden adquirir gran relevancia. Un estudio etnográfico de las corporalidades o de prácticas alimentarias debe recurrir estos registros con particular intensidad. Al igual que lo comentado

---

<sup>2</sup> Para ampliar este punto, ver el número especial de la Revista Colombiana de Antropología dedicado a la antropología histórica (Vol. 46 (2) julio-diciembre 2010).

en los párrafos anteriores, el etnógrafo tiene que aprender a utilizarlos adecuadamente para capturar adecuadamente ciertas dimensiones de los aspectos de la vida social en los cuales se encuentra interesado.

Una segunda habilidad en la investigación etnográfica consiste en *saber estar*. Dado que los estudios etnográficos a menudo implican desplazamientos a lugares o situaciones que son extrañas para el etnógrafo, éste debe adaptarse lo más rápida y adecuadamente posible. Estos lugares y situaciones requieren que el etnógrafo aprenda a distinguir cuáles son los comportamientos que de sí se esperan y actuar en correspondencia. Para esto debe tener la suficiente flexibilidad corporal y mental, sabiendo dónde marcar los límites con las demandas que se le hacen. Como extraño, puede darse ciertas licencias; pero sin convertirse en una fuerte traba o ruido en la dinámica de la vida social de las personas con las que se trabaja. En asuntos tan cotidianos como la comida o el sueño, el aseo, el vestido o los saludos, saber estar pasa por adecuarse corporal y mentalmente a los nuevos requerimientos. Por tanto, el saber estar supone una actitud de apertura y de aprendizaje permanente de uno mismo ante situaciones diferentes, algunas de las cuales son extraordinarias para uno por lo que no se está familiarizado.

Además de las destrezas anotadas, el etnógrafo debe desarrollar la habilidad de contar con una férrea disciplina de registrar permanentemente lo que va encontrando en su investigación, así como las elaboraciones o interpretaciones derivadas. Como lo expondremos para la técnica del diario de campo, la labor etnográfica requiere un permanente y sistemático registro por escrito de aquello que ha observado o experimentado que es relevante para su investigación, al igual que las ideas que van surgiendo día a día en su trabajo. De esta disciplina depende en gran parte la calidad de los resultados de la investigación etnográfica. Por otro lado, el cansancio y los estados de ánimo deben ser superados por una constante disciplina de trabajo. En las situaciones más extenuantes o distractoras, el trabajo etnográfico demanda gran concentración y una permanente disposición. Hay ocasiones irrepetibles o situaciones cruciales en el trabajo de campo que el etnógrafo no puede dejar de enfrentar.

En la investigación etnográfica se puede resaltar como cuarta habilidad la de ser un buen escritor. Si puede decirse que la etnografía es el arte de leer sutilmente la vida social, el etnógrafo también debe tener la habilidad de saber contar, transmitir o traducir aquello que ha comprendido mediante su lectura. Mucho del trabajo etnográfico implica colocar en palabras (o incluso en imágenes) los resultados de observaciones e interpretaciones sobre la temática estudiada. En cierto plano, la etnografía es como una pintura, un mapa o una fotografía de un aspecto de la vida social, pero realizada desde las narraciones del etnógrafo. Por eso se puede decir que la etnografía es un arte de la narración. Narraciones que dibujen adecuadamente, pero también que seduzcan. Narraciones mediante palabras, en presentaciones públicas o en escritos de la más diversa índole. Narraciones que apelan a imágenes o a través de imágenes como en los documentales, exposiciones o videos. Las buenas narraciones etnográficas son como los buenos libros o películas: logran transmitir con sutileza y contundencia no sólo unos contenidos sino que producen una serie de sensaciones.

La última de las habilidades del etnógrafo, pero no por ello debe ser considerada la menos importante, es la capacidad de asombro. Cuando se adelanta investigación etnográfica en contextos sociales familiares para el etnógrafo, el gran reto es que pueda asombrarse con cuestiones que tienden a pasar desapercibidas no porque estén ocultas y sean extraordinarias, sino por todo lo contrario: están a la vista de todos en su existencia ordinaria, cotidiana y familiar. Extrañarse de lo familiar es fundamental en la labor etnográfica.

Sin este extrañamiento (que supone sorprenderse por lo ordinario y preguntarse así por asuntos que supuestamente son tan triviales y están tan a la vista de todos que pasan desapercibidos), la etnografía pierde gran potencial. La des-trivialización y una des-familiarización son vitales en la labor etnográfica. El correlato es que frente a los contextos

sociales extraños para el etnógrafo, la capacidad de sorpresa debe evitar el riesgo de engolosinarse con la exotización de la diferencia. La capacidad de asombro pasa en estos contextos por entender en sus propios términos las lógicas sociales que constituyen lo extraño sin exotizarlo, mostrando cuán familiar y consistente puede ser desde la perspectiva de los actores sociales.

## **Dos grandes riesgos**

Después de indicar las condiciones y habilidades requeridas para una adecuada labor etnográfica, es relevante señalar dos grandes riesgos frente a los cuales esta labor debe estar siempre alerta: el etnocentrismo y el sociocentrismo. Tanto el etnocentrismo como el sociocentrismo son prejuicios que se derivan de los procesos de normalización y de producción de subjetividades que han constituido al etnógrafo como un sujeto social determinado: “En la instancia del trabajo de campo, el investigador pone a prueba [...] sus patrones de pensamiento y acción más íntimos” (Guber 2005: 90). Estos prejuicios están profundamente arraigados puesto que hacen parte de la forma de pensar, relacionarse y hacer de los individuos, sin que sean conscientes necesariamente de su existencia e influencia. De ahí que a menudo cueste mucho trabajo identificar tales prejuicios y tomar distancia de ellos.

El etnocentrismo consiste en una actitud de rechazo a la diferencia cultural dado que se asume que los valores, ideas y prácticas de la formación cultural propia son superiores. El etnocentrismo asume lo propio como medida de lo humano, ridiculizando o menospreciando concepciones o maneras de vida que se diferencian de la propia. La burla por los gustos o por las creencias de otras culturas, es una expresión del etnocentrismo. Así, por ejemplo, es etnocentrista pensar que los indígenas no son ‘civilizados’ porque no viven como un habitante de la ciudad, porque no se visten de la misma manera o porque no hablan el español. En el Chocó, la palabra *cholo*, con toda su carga despectiva, condensa una serie de actitudes etnocentristas.

Esa arrogancia cultural del etnocentrismo es fuente de ceguera para la investigación etnográfica. No es posible comprender y justipreciar aspectos del modo de vida de una cultura distinta de la propia ante la cual se tengan posiciones etnocentristas. La etnografía no busca juzgar ni mucho menos ridiculizar la diferencia; lo que busca, al contrario, es comprenderla. De ahí que mientras el etnógrafo no haya cuestionado y tomado distancia de sus concepciones etnocentristas, su labor etnográfica estará marcada por tales concepciones apocando significativamente su capacidad de comprender densamente la diferencia cultural a la que se enfrenta.

El sociocentrismo es aún más complicado de identificar y de cuestionar. Consiste en asumir que los valores, ideas y prácticas de una clase o sector social son los modelos ideales de comportamiento, rechazando los de otras clases o sectores sociales. El sociocentrismo se expresa a menudo en las actitudes de ridiculización y rechazo que las clases o sectores económicamente privilegiados de una sociedad (o los que sin serlo se identifican con ellos) tienen para con las maneras de hablar, las corporalidades, los gustos, las creencias de los sectores populares. Es sociocentrismo el desprecio a quienes no son lo suficientemente ‘cultos’, a quienes no manejan adecuadamente los requerimientos de etiqueta, a quienes no conocen de ‘cultura universal’. Este sociocentrismo también se evidencia en las actitudes de menosprecio hacia los comportamientos de los campesinos por parte de los ciudadanos. Palabras descalificadoras y burlas frente a la forma de hablar o vestir de los habitantes de las zonas rurales, frente a sus maneras de desenvolverse en los contextos urbanos, son expresiones del sociocentrismo.

Se puede afirmar, entonces, que el sociocentrismo es un clasismo ejercido por ciertos sectores sociales que consideran como superiores e ideales sus concepciones y formas de vida;

haciendo de éstas el modelo de lo 'normal' y lo 'deseable' con respecto a las cuales son juzgadas las otras concepciones y formas de vida de los otros sectores. De ahí que el sociocentrismo suponga una serie de prejuicios tanto sobre los sectores sociales menospreciados como sobre los sectores sociales idealizados.

Los prejuicios sociocentristas no pueden orientar la labor etnográfica. Al igual que con etnocentrismo, el etnógrafo tiene el reto de cuestionar y tomar distancia de sus posiciones sociocentristas. Si lo que se pretende con el estudio etnográfico es comprender y describir situaciones de la vida social teniendo en cuenta la perspectiva de sus actores, entonces el sociocentrismo del etnógrafo puede convertirse en una ceguera o limitación epistémica. De ahí que en la labor etnográfica el investigador debe estar todo el tiempo alerta con los efectos que sus propias concepciones y actitudes tiene en la comprensión de lo que sucede a su alrededor. Como bien lo indica Rosana Guber: "El bagaje teórico y de sentido común del investigador no queda a las puertas del campo, sino que lo acompaña, pudiendo guiar, obstaculizar, distorsionar o abrir su mirada" (2005: 86)

### **Perspectivas y niveles**

En la labor etnográfica se conoce como emic y etic dos perspectivas analíticas diferentes. 'Emic' y 'etic' son conceptos inicialmente propuestos en la lingüística para distinguir la descripción fonológica (*phonemic*) de la fonética (*phonetic*), esto es, una descripción desde la unidad de significado estructural mínima (fonema) para los hablantes de la lengua, a un registro de las características del sonido mínimo aislable tal y como se escucha por el lingüista.

Algunas vertientes de la antropología culturalista norteamericana de los cincuenta recogieron esta distinción para plantear que la perspectiva 'emic' es aquella que los miembros de una cultura tienen de la misma, mientras que la 'etic' es la que los antropólogos no miembros de la cultura elaboran sobre ella. En otras palabras, el conocimiento desde adentro ('emic') o desde afuera ('etic') de una cultura.

Para los propósitos de este texto, la perspectiva emic es la mirada desde adentro, es decir, la mirada que tienen los mismos actores sobre un aspecto de su propia vida social. Así, por ejemplo, en un ritual de paso de la niñez a la adultez los participantes tienen una serie de concepciones de lo que significa y las razones por las cuales se realiza. Este tipo de explicaciones desde adentro es lo que se denomina la perspectiva emic. Como hemos visto, en la labor etnográfica este tipo de perspectiva es muy importante y debe ser tomada en consideración en el análisis.

La perspectiva etic, por el contrario, es la mirada desde afuera. Sobre el mismo ritual el etnógrafo tiene una perspectiva como actor externo, explicándolo en otros términos. El etnógrafo toma en consideración la perspectiva emic, la mirada interna, pero no se queda allí sino que elabora sus propias interpretaciones a la luz de los modelos teóricos con los cuales opera. Para la etnografía no son dos perspectivas excluyentes, aunque sí debe haber una clara diferenciación entre ambas. En una descripción etnográfica, por tanto, no se pueden confundir lo emic y lo etic. Aunque lo emic está siempre presente, la labor etnográfica introduce una serie de interpretaciones y reordenamientos desde una perspectiva etic.

Alguien pudiera argumentar que la perspectiva emic es más verdadera y auténtica que la etic, puesto que es ofrecida desde adentro. O, para ponerlo en otras palabras, que nadie conocería mejor su cultura que los miembros de la misma. Un indígena embera estaría en una posición epistemológicamente privilegiada para hablar de su cultura, así como un afrocolombiano para hablar de los afrocolombianos y una mujer de las mujeres... y así sucesivamente. Hasta cierto punto esto es cierto, pero en algunos aspectos las cosas se complican.

El hecho de ser sujeto de una cultura no lo hace automáticamente a uno más reflexivo sobre la misma. Es más, puede que precisamente por esto se tiendan a tomar una serie de asuntos por dados y que en su obviedad y trivialidad no aparezcan como relevantes, mientras que para alguien venido de afuera esto puede llamarle la atención. Más complicado aun, en una cultura o en una posición de sujeto cualquiera no hay una homogeneidad tal que haga que cada individuo pueda hablar por los otros como si no existieran diferencias y desigualdades, como si no existieran experiencias y trayectorias disímiles marcadas por factores de clase, de lugar, de capital escolar, de género, de orientación sexual, de generación, etc. Lo importante para resaltar aquí es que la labor etnográfica no se queda en una perspectiva emic, aunque no puede dejar de tomarla seriamente en consideración.

Además de esta diferenciación entre las perspectivas emic y etic, en la labor etnográfica se distinguen tres niveles de la información. Primero, lo que la gente hace, esto es, las prácticas que realizan y las relaciones que establecen para adelantar estas prácticas. Así, por ejemplo, la gente asentada en el bajo Atrato pesca de determinadas maneras, en ciertos lugares y preferentemente durante un periodo del año. Eso es lo que esta gente hace con respecto a la pesca. Ahora bien, el etnógrafo puede ser testigo de algunas de prácticas, aunque algunas otras no puedan ser observadas directamente por él debido a que se adelantan en momentos o lugares a los que no ha tenido acceso o requieren de ciertas prescripciones que impiden su presencia.

Segundo, lo que la gente dice que hace, esto es, lo que se cuenta cuando se les pregunta por lo que hacen. Este es el nivel donde las personas presentan ante el investigador su versión, la cual puede variar significativamente o poco de lo que realmente hacen dependiendo de muchos factores. Varía porque las personas han incorporado lo que hacen de tal manera que cuando hablan sobre esto pasan por alto aspectos o detalles que para ellos carecen de importancia o no son evidentes dado su grado de automatización. Varía también porque hay cosas que se hacen y que las personas no quieren contar, ya sea porque consideran que eso no se debería hacer o porque consideran que el que se sepa puede ponerlos en riesgo. Finalmente, varía también por las percepciones que tengan del investigador y de sus intereses, por lo que las personas pueden decirle al etnógrafo lo que ellas creen que él quiere o preferiría oír.

Tercero, lo que la gente debería hacer, es decir, lo que se considera como el deber ser. No se puede confundir este nivel del deber ser con lo que realmente sucede, porque a menudo hay una distancia y contradicciones entre lo que la gente piensa que debería hacer y lo que hace. Lo que se debería hacer da cuenta del nivel de los valores ideales, de las aspiraciones de unas personas.

Ahora bien, en la labor etnográfica estos tres niveles no deben ser confundidos, pero todos tres son igualmente importantes para comprender y describir las relaciones entre prácticas y significados para unas personas en particular. No es que lo que la gente hace es la verdad que debe ser descrita por el investigador y lo que se dice que se hace es una falsedad que debe ser desechada. Lo que hay que entender es que por qué esa brecha entre lo que se hace y lo que se dice que se hace, lo cual implica que el investigador entienda que la forma como la gente se representa y presenta ante otros lo que hace constituye una fuente importante de investigación sobre los sentidos de la vida social para esas personas. Lo mismo sucede con lo que se debería hacer. No hay que confundirlo con lo que la gente hace, pero en sí mismo y por su diferencia con lo que la gente hace, se constituye en una grandiosa fuente sobre el universo moral de las personas con las cuales se está trabajando.



## Tipos de etnografía

Los antropólogos suelen referirse con el término de etnografía a tres cosas distintas. En primer lugar, consideran que la etnografía es una técnica de investigación que estaría definida por la observación participante. Como expondremos con detenimiento en la siguiente unidad temática, la observación participante consiste en residir durante largos periodos en el lugar donde se adelanta la investigación con el propósito de observar aquello que es de interés del etnógrafo. Así, por ejemplo, si se encuentra estudiando el trabajo ganadero entre los llaneros, la observación participante consistiría en vivir con los llaneros por un periodo suficiente de tiempo en el que pueda participar en la realización de sus trabajos ganaderos y, así, desde la experiencia propia y la observación directa conocer de primera mano lo que se investiga. Las técnicas de investigación son como el martillo o el destornillador, sirven para hacer unas cosas y no otras. Con una entrevista o con una encuesta se podrán obtener ciertos datos y no otros. Hay que tener muy claro los alcances y los límites de cada una de estas técnicas.

La segunda forma como los antropólogos se refieren a la etnografía es la de un encuadre metodológico. Aquí es relevante no confundir los planos de las técnicas, el de las metodologías y el del método. Son palabras que a menudo se usan como si fueran sinónimos pero que deben ser distinguidas. Las técnicas son los instrumentos o las herramientas de investigación en sí mismas. La encuesta, la entrevista o el censo son técnicas de investigación. La metodología es la particular manera en que se operativizan ciertas técnicas de investigación, por lo que apunta al cómo, al encuadre, de la investigación. El método, por su parte, es la discusión más epistemológica, por lo que se refiere al por qué del cómo.

En tanto metodología, la etnografía no sería tanto la técnica de investigación de la observación participante como la manera de abordar la investigación misma. De ahí que algunos antropólogos hablen, incluso, de etnografía en situaciones que no implican observación participante como la interpretación de documentos históricos o en investigación basada exclusivamente en informantes.

La etnografía como metodología, como encuadre, estaría definida por el énfasis en la descripción y en las interpretaciones situadas. Como metodología, la etnografía buscaría ofrecer una descripción de determinados aspectos de la vida social teniendo en consideración los significados asociados por los propios actores (lo que referíamos como la perspectiva emic). Esto hace que la etnografía sea siempre un conocimiento situado; en principio da cuenta de unas cosas para una gente concreta. No obstante, los conocimientos así adquiridos no significan que se limiten allí, ya que nos dicen cosas que pueden ser generalizables, o por lo menos sugerentes para entender de otra manera las preguntas que las ciencias sociales suelen hacerse. Al respecto Geertz afirmaba que “Pequeños hechos hablan de grandes cuestiones [...]” ([1973] 1996: 35). Es decir, la etnografía es una perspectiva que, aunque siempre pendiente de los pequeños hechos que se encuentran en las actividades y significados de personas concretas, no supone negar hablar de ‘grandes cuestiones’. La diferencia con la monumentalidad de la filosofía o de los estudios políticos no radica que la etnografía, al estar escudriñando el mundo situadamente, se niegue a dar cuenta de las ‘grandes problemáticas’. Lo hace desde la cotidianidad y el mundo efectivamente existente y vivido para unas personas, sin recurrir al estilo trascendentalista y normativizante de la reflexión filosófica o de los estudios políticos.

Finalmente, los antropólogos hablan de etnografía para indicar un tipo de escritura. Así, por ejemplo, un libro que describe a la sociedad indígena de los kogi de la Sierra Nevada de Santa Marta es considerada una etnografía. Un artículo o un informe también pueden ser consideradas etnografías por los antropólogos. Incluso algunos documentales realizados por antropólogos caben dentro del género etnográfico. Lo que tienen de común estos distintos materiales escritos o visuales es que están relatando de manera muy concreta aspectos que se suponen verídicos de la vida social de unas personas, a menudo con base en las experiencias

del mismo etnógrafo. A diferencia de una novela o un cuento que se inscriben en el género literario de la ficción, la etnografía se inscribe en un género literario que pretende estar relatando aspectos verídicos resultantes de una investigación empírica rigurosa. La diferencia radicaría en las pretensiones de verdad, en las apelaciones de las etnografías a estar dando cuenta de aspectos de la realidad social.

Además de estas distinciones de la etnografía como técnica, como metodología o como género literario, se pueden identificar otras diferencias en cómo se entiende la etnografía dependiendo del lugar. Las etnografías más clásicas se adelantan en un sitio concreto: una vereda, un poblado, un barrio o una ciudad. Este lugar concreto puede ser también una institución (una escuela o de una alcaldía, por ejemplo), una organización (un movimiento social o una organización no gubernamental, por ejemplo) o una empresa.

Ahora bien, desde hace algún tiempo se han elaborado etnografías en diferentes sitios. Estas etnografías han sido denominadas como multisituadas (Marcus 2001). Para este tipo de etnografías lo que interesa es dar cuenta de gentes, cosas o ideas que se mueven y se encuentran en diferentes lugares. Así, desde la etnografía multisituada se puede estudiar una comunidad transnacional, esto es, un grupo de personas que migran de un país a otro, haciendo etnografía no sólo en sus lugares de origen sino también en los de llegada. Un objeto también puede ser tema de estas etnografías multisituadas, como las manufacturas africanas que se convierten en obras de arte al pasar por diferentes redes y mediadores desde una aldea en África hasta una galería en Nueva York o París.

Más recientemente, con la aparición de las tecnologías digitales han surgido nuevas modalidades y retos para la labor etnográfica como las etnografías del ciberespacio y de la cibercultura. En estas etnografías se toma el espacio virtual generado por estas nuevas tecnologías, conocido como el ciberespacio, como ámbito de trabajo. De ahí que se les haya denominado etnografías digitales o etnografías virtuales. Desde este tipo de etnografías se estudia cómo se construyen prácticas, subjetividades y relaciones en este ciberespacio. El ciberespacio también ofrece una nueva fuente para la complementación y el contraste de información en investigaciones etnográficas clásicas o multisituadas.

## II. Trabajo de campo

“[...] todo trabajo de campo es tan único que siempre parece el primero [...]”

Rosana Guber (2005: 14)

El trabajo de campo se refiere a esa fase del proceso investigativo dedicado al levantamiento de la información requerida para responder a un problema de investigación. El trabajo de campo es el momento en el cual el etnógrafo realiza el grueso de la labor empírica. Es una fase que toma largo tiempo, a menudo años. Generalmente, el trabajo de campo se realiza luego del diseño del proyecto de investigación o, por lo menos, después de perfilar un problemática de trabajo, ya que sin una pregunta o problema de investigación no se puede saber qué buscar. Así como no hay lector sin pregunta (Zuleta [1974] 2004), no hay trabajo de campo sin un problema de investigación. Como lo planteaba uno de los más famosos antropólogos británicos del siglo pasado: “En la ciencia, como en la vida, uno encuentra solo lo que se busca. Uno no puede obtener las respuestas sin saber cuáles son las preguntas” (Evans-Pritchard 1976: 240).

En las investigaciones más clásicas, iniciadas hace ya un siglo, el trabajo de campo empezaba con un largo viaje al grupo humano donde se iba a realizar el estudio etnográfico. A menudo

este viaje implicaba una serie de experiencias y aventuras que luego hacían parte de los relatos del etnógrafo. Muchos de estos relatos, establecían ante sus lectores una autoridad de ‘haber estado allá’ y haber sido testigo de primera mano de lo que refería (Clifford 1991). Adentrarse en mundos distantes y exóticos, atiborrados de peligros que debían ser superados y de secretos por ser descubiertos, fue una de las imágenes del trabajo de campo.

Las cosas han cambiado mucho desde entonces. Incluso los distantes desplazamientos se hacen en horas o en unos pocos días. Ya no se puede hablar fácilmente de esos lugares recónditos que estimulaban la imaginación colonial europea de hace un siglo. Las interconexiones han hecho que el espacio y las personas se hayan acercado, al menos en unos planos. Los cambios se han dado también en cómo se concibe la etnografía. Hace ya varias décadas que las técnicas etnográficas de investigación dejaron de emplearse principalmente para dar cuenta de esas gentes radicalmente diferentes que habitaban siempre un allá-distante. Ahora la etnografía es cotidianamente utilizada para estudiar a las gentes que residen aquí y que definen el nosotros del etnógrafo.

Aunque usualmente se los toma como sinónimos, para este documento haremos una sutil distinción entre el trabajo de campo y el terreno. El trabajo de campo, como ya lo indicamos, hace referencia a la *fase* de investigación orientada predominantemente a la obtención de los datos. Por tanto, es la fase en la cual se ponen en juego las diferentes técnicas de investigación y la metodología en aras de levantar empíricamente la información requerida para responder a la pregunta de investigación. Si miramos el proceso de investigación etnográfico desde sus fases, primero estaría la formulación del proyecto de investigación, luego el trabajo de campo y finalmente la escritura.

Por su parte, el terreno constituye el *lugar* conceptualmente definido en donde se adelanta el trabajo de campo. Este lugar representa la unidad de observación desde la cual se aborda el problema de investigación. En la labor etnográfica a menudo se confunde la unidad de observación con el problema de investigación. Se tiende a asumir que porque se adelanta la investigación etnográfica en un poblado determinado ese es el problema de investigación. Una cosa es los lugares donde se estudia algo (terreno-unidad de observación) y otra lo que se estudia desde allí (problema de investigación).

El etnógrafo no es un sujeto situado, y en cuanto tal es percibido en el terreno. Cargamos bagajes de los cuales no podemos desprendernos a voluntad. A menudo somos investidos con ciertos estereotipos en terreno de los cuales no podemos escapar fácilmente. Múltiples son las marcaciones que acompañan al etnógrafo, a veces sin quererlo y sin ser consciente de ello:

“El etnógrafo, como sujeto ubicado, comprende ciertos fenómenos humanos mejor que otros. Él o ella ocupa un puesto o lugar estructural y observa desde un ángulo particular. Hay que considerar, por ejemplo, que la edad, género, su condición de extraño y la asociación con el régimen neocolonial, influyen en lo que el etnógrafo aprende. El concepto de ubicación también se refiere a la forma en que las experiencias cotidianas permiten o inhiben ciertos tipos de discernimiento” (Rosaldo 1991: 30).

Una de las características de la investigación etnográfica es que articula diferentes técnicas de investigación durante periodos de tiempo que suelen ser prolongados. La etnografía recurre a la observación participante, pero también apela a las entrevistas, análisis de documentos y, en ocasiones, incorpora técnicas de investigación cuantitativa. A esta combinación de diferentes técnicas es lo que se llama triangulación. Además, el trabajo de campo en etnografía suele demandar periodos prolongados, de unos cuantos meses a varios años. Idealmente, después de uno o varios periodos del trabajo de campo se dan regresos durante la fase de escritura para completar y contrastar información.

El trabajo de campo etnográfico se caracteriza también porque supone técnicas de investigación no “invasoras” ya que “[...] intentan eliminar la excesiva visibilidad del investigador, que obstaculizaría el acceso a la información y la empatía con los informantes” (Guber 2005: 100). A diferencia de las técnicas de investigación contra reloj y diseñadas en serie para aplicarlas por investigadores que ‘caen en paracaídas’ para extraer ciertas respuestas y llenar formatos, las técnicas de investigación etnográficas demandan paciencia y empatía con las personas y los lugares en los cuales se adelanta el trabajo de campo. Si no se cuenta con el tiempo ni con la actitud de considerar a las personas mucho más allá de ser simples fuentes de información, las técnicas etnográficas no son las adecuadas.

Mediante el trabajo de campo, las técnicas de investigación etnográficas apuntan a comprensiones situadas y profundas de la vida social. Son lentas y tienen ritmos difíciles de predecir, no tienen recetas ni caminos expeditos. No obstante, al final se cuenta con un conocimiento de mucho mayor calado que el derivado de otras técnicas impacientes e invasivas. Mediante un buen trabajo de campo etnográfico se evitan limitaciones propias de otras técnicas de investigación. Así por ejemplo, se evitan problemas como el sugerido por Guber con las encuestas y cuestionarios realizados sin las relaciones y conocimientos propios del trabajo etnográfico: “[...] la información de encuestas y cuestionarios puede resultar de lo que el informante supone que el encuestador desea oír, o bien, de intentos de encubrir normas infringidas, valores dominantes no practicados, etc.” (Guber 2005: 101)

Tiende a ser más fácil saber cuándo ha iniciado un trabajo de campo que ha establecer cuándo termina. En la formulación del proyecto de investigación y por los constreñimientos de financiación y de tiempo disponible, se suelen establecer de antemano los períodos del trabajo de campo. No obstante, los ritmos del trabajo de campo no se ajustan necesariamente a los cronogramas planeados con antelación. Igual suele pasar con las fronteras del terreno: el ‘estar allí’ y el ‘estar aquí’ son fronteras que pueden no estar tan claras, como cuando en los ‘buenos viejos tiempos’ el etnógrafo se desplazaba a lugares recónditos. Ahora no solo gran parte de los estudios etnográficos se realizan ‘aquí’, sino que las posibilidades de estar conectados con el ‘allí’ son bien distintas de hace solo unas décadas.

En el trabajo de campo etnográfico se suele recurrir a diferentes técnicas de investigación etnográfica. Para los propósitos de este texto nos centraremos en las cuatro más destacadas y recurrentes: la observación participante, el diario de campo, el informante y la entrevista etnográfica.

### **Observación participante**

La observación participante es una de las técnicas etnográficas más referidas. Para algunos, incluso, la observación participante constituye el rasgo más distintivo de la investigación etnográfica. De ahí que no sea extraño que en ocasiones se equipare etnografía con observación participante (cfr. Evans-Pritchard 1976: 243). Aunque este planteamiento no es compartido por todos los académicos, sí confluye la gran mayoría en considerar que en la técnica de la observación participante radica una de las contribuciones más destacadas que la etnografía ha hecho al arsenal de tecnologías de investigación disponibles en las ciencias sociales hoy.

De una manera muy general, se puede empezar por plantear que la observación participante apela a la experiencia directa del investigador para la generación de información en el marco del trabajo de campo. En palabras de Octavio Cruz: “La técnica de la observación participante se realiza a través del contacto del investigador con el fenómeno observado para obtener informaciones sobre la realidad de los actores sociales en sus propios contextos” (2007: 47). La idea que subyace, muy sencilla pero con un gran alcance, es que mediante su presencia el investigador puede observar y registrar desde una posición privilegiada cómo se hacen las

cosas, quiénes las realizan, cuándo y dónde. Ser testigo de lo que la gente hace, le permite al investigador comprender de primera mano dimensiones fundamentales de aquello que le interesa de la vida social. Esto permite acceder a un tipo de comprensión y datos que otras técnicas de investigación son incapaces de alcanzar.

Como su nombre lo indica, “La observación participante consiste en dos actividades principales: observar sistemática y controladamente todo lo que acontece en torno del investigador, y participar en una o varias actividades de la población” (Guber 2001: 57). Las distintas combinaciones de estas dos actividades y los grados en los que se pueden adelantar ha sido objeto de varias discusiones y distinciones (Valles 1999). De ahí que se hable de observación directa o indirecta, de observación sin participación, de observación mediante la participación, participación completa o parcial, entre otras. Para los propósitos de este texto, sin embargo, no vale la pena adentrarse en estas matices ya que, siguiendo en esto también a Guber, se parte de una noción amplia de participación: “El acto de participar cubre un amplio espectro que va desde ‘estar allí’ como un testigo mudo de los hechos, hasta integrar una o varias actividades de distinta magnitud y con distintos grados de involucramiento” (2001: 72).<sup>3</sup>

La observación participante suele suponer el residir por periodos significativos de tiempo con las personas o en los lugares con las cuales se adelanta la investigación. De unos pocos meses a varios años, esta residencia permanente hace que el investigador adquiera un conocimiento detallado de la vida de estas personas y lugares. Estar compartiendo la cotidianidad de estas personas y viviendo en estos lugares, permite que el etnógrafo se convierta en alguien conocido que puede atestiguar situaciones que otros extraños difícilmente tienen la oportunidad de hacerlo. Además, la familiaridad adquirida le permite al investigador comprender más adecuadamente eso que sucede, y que para alguien totalmente extraño sería difícil sino imposible de descifrar.

Hay trabajos de campo donde la residencia no es posible o viable, lo cual no significa que no se pueda adelantar la observación participante. Aunque ésta pierde el gran potencial derivado de la permanencia prolongada en un sitio y familiarización desde la cotidianidad con unas personas, no se puede descartar la técnica de la observación participante porque no se da la residencia. Por el diseño o las características del trabajo de campo, muchas investigaciones etnográficas que apelan a la observación participante reducen significativamente los periodos de residencia o los descartan.

Ahora bien, la residencia sin observación participante no tiene mayor significado etnográfico. Uno puede residir durante años, como lo hacen muchos sacerdotes o comerciantes, en contextos sociales y culturales diferentes sin comprender mucho de lo que sucede a su alrededor. Esta ceguera se presenta precisamente porque no abandonan sus posiciones sociocéntricas y etnocéntricas frente al entorno en el que residen.

La técnica de la observación participante no depende simplemente de la voluntad del investigador, ni siquiera de sus habilidades y experiencias previas (aunque éstas no dejan de jugar un importante papel). Para observar uno debe ser aceptado por las personas con las cuales se trabajaría, así como haber generado cierto grado de empatía: “Las capacidades de empatía y de observación por parte del investigador y la aceptación de éste por parte del

---

<sup>3</sup> No se puede confundir la técnica etnográfica de la observación participante, con la metodología conocida como Investigación Acción Participativa (IAP). Esta última tiene el propósito de adelantar investigaciones con la participación de las personas cuestionando la distinción sujeto/objeto en aras de la transformación social. Para mayor información sobre la IAP, ver Fals Borda y Anisur Rahman (1991).

grupo son factores decisivos en este procedimiento metodológico, y no se pueden alcanzar a través de simples recetas” (Cruz 2007: 48).

A menudo, la aceptación es algo que se logra sólo después de un tiempo y de haberse generado una mínima confianza con el investigador. Los factores que influyen para facilitar o entorpecer la aceptación varían según los momentos y contextos, por lo que no tampoco se puede ofrecer acá una receta de aplicación general. No obstante, no sobra anotar un par de indicaciones que suelen ser útiles. La transparencia del investigador con respecto al objeto de su estudio y a sus móviles, además de ser un imperativo ético, suele contribuir a facilitar el proceso de aceptación. Una actitud arrogante, distante e impositiva por parte del investigador tienden a entorpecerlo.

Para ser aceptado, puede ayudar el ser introducido por una persona de confianza en el lugar y para la gente con la cual se va a trabajar. Si tal persona da cuenta de los propósitos de la investigación y del carácter del investigador, esto constituye un ambiente bastante propicio para ser aceptado. Ser familiar o amigo de tiempo atrás de esta persona, suele ayudar bastante a limar las desconfianzas iniciales que con mayor o menor grado se presentan entre desconocidos. Ahora bien, es muy importante tener en mente que cuando el investigador se presenta e interactúa no solo tiene relevancia lo que dice, sino también toda la corporalidad y gestualidad asociada: “Los aspectos no verbalizados de la presentación del investigador dicen tanto de sus intenciones y de su persona (incluso a veces más) como su discurso, acerca de qué se propone y por qué está allí” (Guber 2005: 152).

Una vez aceptada la presencia del investigador, la discreción y cordialidad son las dos actitudes a seguir durante un primer período del trabajo de campo. Hay que prestar atención a comprender el entramado de relaciones y jerarquías entre las diferentes personas con las cuales se está trabajando y apropiarse lo más pronto posible de las reglas de conducta esperadas por parte del etnógrafo. Las conversaciones informales establecidas por iniciativa de las personas y el involucramiento paulatino y no forzado en sus actividades es lo que más ayuda en este primer momento de forjamiento de las relaciones. Durante este periodo, la iniciativa de qué lugares visitar, con quiénes conversar y en qué actividades participar debe estar más del lado de las personas que han recibido al etnógrafo, que de éste. En ningún caso es recomendable empezar con entrevistas formales acompañado de grabadoras, estar tomando fotografías o imponiendo agendas para participar en actividades de la gente. Además de constituirse como una violencia simbólica, esta actitud puede ser nefasta para el tipo de relación que demanda la observación participante y otras técnicas de investigación etnográfica.

Paulatinamente el etnógrafo se irá familiarizando con el entorno y se irán consolidando relaciones de confianza con la gente. La figura del investigador se irá también haciendo menos extraña y más cotidiana para las personas, con lo cual el grado de perturbación de la vida social por su presencia tiende a hacerse menos marcada. Este es el momento donde puede empezar a tomar la iniciativa en entablar conversaciones con personas que se habían mantenido distantes y que son cruciales para su labor investigativa, así como de solicitar ser invitado a aquellas actividades en las cuales tiene particular interés. Es el momento adecuado también para que paulatinamente aparezcan en escena la cámara y la grabadora.

Para este momento es que debe iniciar en serio la observación participante. Una de las opciones es recurrir a la elaboración de una matriz de observación. Como será pronto evidente, la viabilidad de trabajar con matrices de observación depende tanto del carácter del etnógrafo como de las particularidades del trabajo de campo. Así que las notas que siguen deben leerse como una expresión de un particular estilo de trabajo que de un requerimiento de la observación participante.

La matriz de observación tiene como función perfilar las pertinencias y prioridades en las observaciones que requieren ser adelantadas en terreno. Qué es relevante y qué no, cuándo y en qué orden establecer las observaciones, son algunos de los aspectos que se abordan en una matriz de observación. Aunque siempre hay que estar atentos a lo que sucede alrededor del investigador, la matriz de observación introduce una agenda de trabajo y una especie de lente en la obtención de ciertos datos.

Una matriz de observación es la operativización de aquellos aspectos de la pregunta de investigación que requieren datos derivados de la observación en terreno. Por tanto, en el diseño de la matriz de observación se parte de la pregunta de investigación. El cuestionamiento es entonces el siguiente: ¿qué datos derivados de la observación en terreno se requieren para responder adecuadamente esta pregunta de investigación? Solo después de haber estado un periodo de tiempo haciendo trabajo de campo es posible enfrentar productivamente este interrogante. El siguiente paso es hacer un listado de los datos requeridos en una columna, al frente de la cual se indicarían el tipo de observaciones que deberían llevarse a cabo para obtener estos datos. Luego de trabajar durante varios días en estas columnas de datos requeridos y observaciones correspondientes, se puede elaborar la matriz de observación. Ésta puede llevarse a una (o varias) tabla en la cual se indican los distintos datos que deben ser generados a partir de observaciones específicas.

Así, por ejemplo, si uno está haciendo una investigación sobre la pesca con un grupo de pescadores en una zona costera la matriz de observación daría cuenta de las diferentes técnicas o artes de pesca utilizadas, los productos (tipos de peces o crustáceos obtenidos), los momentos en los cuales se realiza (en la noche o en el día, durante una jornadas o varios días seguidos), los lugares específicos en los que se pesca (es distinta la pesca en la desembocadura de un río, desde la playa o en el mar abierto), los participantes en cada una de estas artes (si son individuales o colectivas), las relaciones establecidas entre ellos (de parentesco, vecindad, económicas), la distribución de los productos (si es para el consumo, para la venta, en qué porcentaje) y, por supuesto, los significados asociados a cada una de estas artes, lugares, tiempos, peces, etc.

El registro audiovisual amerita ser contemplado también en la matriz de observación: “Este registro [audio]visual amplía el conocimiento del estudio porque nos permite documentar momentos o situaciones que ilustran el cotidiano vivido” (Cruz 2007: 49). Cuando se incorpora en la matriz de observación la idea no es tomar la cámara o la grabadora para salir a ver qué se encuentra uno, sino hacer del registro visual y de audio parte de la generación de datos explícitamente elaborados para dar cuenta del problema de investigación. Esto no significa que se abogue por no mantener cámara y grabadora listas para registrar asuntos extraordinarios, lo cual es muy importante para este momento de la investigación.

La matriz de observación, que se va puliendo a medida que el trabajo de campo avanza, orienta las observaciones en el sentido de que define qué observar, cómo hacerlo, dónde y cuándo, además de que diseña un instrumento de registro para estas observaciones. Todos estos datos se van consignando en el diario de campo (del que se hablará más adelante), el cual es vital para el proceso de investigación.

En la medida de lo posible, es recomendable no quedarse con una sola observación sino repetirla varias veces y en situaciones y con personas diferentes para poder ponderar las variaciones que se dan. Es muy importante tener presente que uno no puede generalizar sin este contraste. También es útil triangular los resultados de la observación personal con preguntas en conversaciones informales a otras personas y, cuando es posible, con documentación y lo referido en la bibliografía existente.

En el desarrollo de la observación participante llega un momento cuando el investigador se siente saturado, siente que cuenta con la información suficiente y que lo observado y

experimentado se hace reiterativo. Aparece la sensación de que poco o nada es novedoso. Este es el momento indicado para distanciarse del terreno por un tiempo y empezar la escritura. Lo ideal es que se trabaje en la escritura por un periodo de tiempo, para regresar posteriormente en varias ocasiones al terreno ya con vacíos de información muy concretos por llenar o puntos a contrastar.

Como escribir es pensar, cuando el investigador se enfrenta a la escritura a menudo aparecen cuestiones que no habían sido siquiera consideradas durante el diseño del proyecto y que no fueron ponderados durante el trabajo de campo. Encuentra que no observó ciertas actividades o le faltó hacer determinadas preguntas o entrevistas, o que si las hizo son insuficientes para los datos que requieren. Para llenar estos vacíos es relevante poder regresar a terreno al menos en otra ocasión y adelantar un periodo puntual de trabajo de campo. Dado que las relaciones ya están establecidas y claros los datos requeridos, este periodo de trabajo de campo puede ser adelantado a un ritmo más acelerado y en un tiempo mucho más corto.

### **Diario de campo**

Una de las técnicas etnográficas de investigación más importantes es el diario de campo. En una investigación etnográfica, el éxito del trabajo de campo depende en gran parte en realizar un adecuado diario de campo. Sin diario de campo los “datos” se pasean frente a las narices del investigador sin que éste tenga cómo atraparlos, organizarlos y otorgarles sentido para su investigación. Esos datos probablemente se diluirán tan pronto como aparecen sin dejar ninguna huella ni efecto en la labor de comprensión etnográfica. Si uno quiere fracasar en una investigación etnográfica una de las mejores maneras para lograrlo es descuidar la labor de escritura del diario de campo.

Se pude empezar a hablar del diario de campo como un cuaderno o libreta de notas que escribe el etnógrafo durante sus estadias en terreno. Son notas escritas todos los días, de ahí su nombre de *diario*. Como estas notas son escritas sobre lo sucedido durante la investigación en terreno, es un tipo muy particular de diario: uno de *campo*. Cuando se hojea un diario de campo ya terminado, uno se encuentran una serie de notas ordenadas por lugar y fecha describiendo situaciones que han sucedido en terreno e interpretaciones realizadas por el etnógrafo. Bajo la fecha de un día cualquiera se pueden observar varias páginas, solo unos cuantos párrafos o incluso unas pocas frases escuetas, dependiendo de qué tan productivo ha sido ese día para el avance de la investigación. En general los diarios son escritos a mano, pero cada vez más con la facilidad de los computadores portátiles que se llevan a terreno los diarios de campo se pueden escribir directamente en un archivo electrónico.

Sobre todo al comienzo, es muy posible que la gente se extrañe cuando uno escribe su diario de campo. Esto es una oportunidad para explicar nuevamente lo que uno se encuentra haciendo allí. Hay que explicarlo tantas veces sea necesario y a tantas personas como lo requieran. Estas explicaciones deben ser lo más claras y concretas posibles. Las personas se irán acostumbrando a que el etnógrafo se dedique a escribir en su diario de campo todos los días. No es recomendable hacer de la escritura del diario de campo una labor que debe ocultarse, ya que esto puede generar suspicacias sobre los motivos por los cuales el etnógrafo se encuentra en campo. Escribir el diario de campo públicamente, no a escondidas es lo que menos suspicacias generan.

El diario de campo es escrito para uno mismo, por lo que tiene un tono bastante personal. Son notas que van escribiendo a medida que se avanza en el trabajo de campo. Sirve para registrar aquellos datos útiles a la investigación, pero también es utilizado para ir elaborando reflexivamente sobre la comprensión del problema planteado así como sobre las dificultades por resolver y tareas por adelantar. Por eso, no es extraño que en ciertos pasajes el tono de la escritura del diario de campo se parezca al de una conversación consigo mismo, al de la



exposición para sí mismo y todavía en borrador de algunas ideas que van naciendo sobre lo que se está estudiando.

Hay varios asuntos que deben tenerse en cuenta para escribir un diario de campo. En primer lugar, se debe ser muy disciplinado con el diario de campo, escribiendo de forma sistemática todos los días. La escritura puede hacerse por la mañana o en la noche, dependiendo de las condiciones donde uno está adelantando el trabajo de campo. Si es en un lugar sin luz eléctrica, por ejemplo, tal vez sea mejor destinar las primeras horas de la mañana a escribir el diario de campo. En este caso, se escribe sobre el día inmediatamente anterior. A veces, dependiendo de la misma investigación y del lugar donde uno se encuentra, las noches son un momento muy importante para seguir haciendo observaciones y conversando con la gente; por lo que tal vez sea mejor dedicar la mañana siguiente al diario de campo. Lo contrario puede suceder, y que sea las mañanas los momentos de más intensidad para la labor de observación por lo que la noche o el final de las tardes sean los tiempos indicados para la escritura del diario de campo.

No importa tanto el momento más adecuado para dedicarse a escribir el diario de campo, como que se escriba regularmente todos los días. *La idea es registrar cuidadosamente día a día todo lo que se ha observado, lo que le han contado o lo que uno ha pensado referente al estudio que uno adelanta.* Si uno deja pasar dos o más días se va diluyendo la capacidad de recordar vívidamente una observación importante o los detalles de una conversación sostenida, así como se tienden a olvidar las ideas y pensamientos que surgieron días atrás sobre algo en particular. Perder estas observaciones, conversaciones o ideas significa un paulatino empobrecimiento de lo que el trabajo de campo debe ofrecer al proceso de investigación. Si la escritura del diario de campo se interrumpe o se ve reducida a unas cuantas notas esporádicas, estamos dilapidando nuestro tiempo y el de las personas con las que estamos trabajando. La seriedad con la que uno se toma un trabajo de campo se refleja en la cotidiana labor de escritura del diario de campo.

El segundo aspecto que debe tenerse en cuenta en la labor de escritura del diario de campo es la calidad de lo que allí se anota. No basta con escribir cualquier cosa, la idea no es escribir por escribir o hacerlo de una forma que no cumpla con los propósitos de una investigación etnográfica. En el diario de campo hay que ser muy detallado con las observaciones realizadas útiles para la investigación. Si uno está haciendo un estudio sobre la minería artesanal en un poblado del río San Juan en el Chocó, no basta con escribir de manera escueta en el diario de campo que uno acompañó a un grupo de personas a la mina ese día. Escrito de esa manera, esa salida a la mina no tiene ninguna utilidad para el estudio ni contiene ningún dato etnográfico de relevancia. Un buen ejercicio de escritura, debería contar en detalle cómo se desarrolló la jornada minera, incluyendo una serie de datos como qué herramientas utilizaron, cuándo y cómo lo hicieron; qué producto obtuvieron, cómo se los repartieron y qué destino les dieron; cuál eran las relaciones entre los miembros del grupo de trabajo, cómo se daba su comportamiento y por qué salían ellos a trabajar juntos; etc.

Una observación de una situación presentada en el trabajo de campo supone dar cuenta de asuntos como quiénes están presentes, cómo está organizado el espacio, cuáles son las relaciones entre ellos, qué sucede, por qué sucede esto y cuáles son sus significados, entre otros. Las observaciones realizadas son descritas en el diario de campo sin escatimar detalles, relatando con la mayor riqueza posible lo que se observó. *La idea es recrear con palabras lo observado.*

Igual sucede con las conversaciones sostenidas que son relevantes para la investigación. Supongamos que uno está haciendo un estudio sobre las prácticas médicas tradicionales en los barrios populares en la ciudad de Cali, si uno únicamente escribe en el diario de campo que la noche anterior se tuvo una conversación con dos parteras sobre el pasmo, pues de poca utilidad será para la investigación. Lo que hay que hacer en el diario de campo es reconstruir

tanto como se pueda la conversación sostenida, incluyendo aquellas aclaraciones y discusiones que ellas daban sobre en qué consistía el pasmo, por qué se generaba, a quién le daba y cuáles eran las curas o contras que utilizadas por ellas u otras personas.

Es importante subrayar que en lo observado puede ser tan relevante lo que se hace, como lo que no se hace. De la misma manera que en las conversaciones puede ser tan importante lo que se dice como los silencios, lo que se enuncia con palabras como lo que se significa con la gestualidad. El etnógrafo debe estar atento a esta gama de expresiones para poder registrarlas adecuadamente en el diario de campo. Sobre lo que hay que insistir en este punto es que en el diario de campo se debe registrar con el máximo detalle posible lo que aparece como relevante para nuestra investigación: “Cuanto más rico sea en anotaciones este diario, mayor será la ayuda que ofrecerá a la descripción y análisis del objeto estudiado” (Cruz 2007: 50).

Lo indispensable de este registro detallado de las observaciones y las conversaciones también aplica para las ideas que a uno se le van ocurriendo a medida que avanza la investigación. Las interpretaciones que uno va elaborando al calor del desarrollo del terreno deben ser expuestas con detenimiento en el diario de campo ya que su escritura conduce a generar una actitud de reflexividad sobre el proceso de la investigación y sus resultados. Por tanto, en el diario de campo se consignan con la mayor elaboración posible lo que uno está pensando, va entendiendo o descubriendo sobre lo que se está estudiando (esto es, las interpretaciones).

Finalmente, el tercer aspecto a tener en cuenta en la escritura del diario de campo es saber diferenciar entre lo que es pertinente y lo que no lo es para nuestra investigación. La idea no es escribir detalladamente todo lo observado o todas las conversaciones sostenidas, sino solo lo que se relaciona con nuestra investigación. Además de que es imposible describirlo todo, este *sentido de pertinencia* es clave para enfocar nuestros esfuerzos durante el trabajo de campo en profundizar sobre la temática que nos hemos planteado. Ahora bien, esto no significa que nos cerremos a registrar asuntos que, aunque a primera vista no parecen relacionados con nuestra temática, nos han llamado la atención. En ocasiones, asuntos que inicialmente no parecían relacionados resultan ser cruciales para nuestra investigación cuando empezamos a comprender mejor. De ahí que la sugerencia es que, sobre todo al comienzo del trabajo de campo, se registren aquellas observaciones o conversaciones que nos parecen significativas, así no entendamos su conexión con nuestra investigación.

De manera analítica, se puede decir que el diario de campo desempeña tres funciones principales durante el desarrollo de la investigación en terreno. Primero, en tanto el diario de campo sirve para registrar los datos que va arrojando la investigación tiene la función de guardar la información. Como ya vimos, estos datos se derivan principalmente de las observaciones y conversaciones que se ocurren en el terreno. Pero los datos también se derivan de documentos trabajados durante el desarrollo del campo (como, por ejemplo, una noticia leída en el periódico local), al igual que de diagramas o dibujos que uno realiza para captar algún aspecto de interés al estudio. No es extraño que para dar cuenta de la organización espacial de un poblado se haga un dibujo en el diario de campo o que para dar cuenta de las relaciones de parentesco de un informante se realice un diagrama. Toda esta información va siendo compilada día a día en el diario de campo. Luego, durante el proceso de escritura (sobre el que volveremos más adelante), uno vuelve al diario de campo para redactar el informe, artículo o tesis.

Segundo, el diario de campo tiene como función posibilitar una permanente reflexividad sobre los resultados que va arrojando el trabajo de campo. Esta reflexividad se traduce en la formulación de interpretaciones provisionales por parte del etnógrafo con respecto a aquellos aspectos que van adquiriendo sentido a sus ojos, de las conexiones que va estableciendo y que antes no eran evidentes. La escritura del diario de campo propicia y potencia el proceso de pensamiento y comprensión asociada a la investigación. Y esto porque el trabajo de campo es el momento de obtención de datos o información en bruto, al igual que uno de elaboración:

“De ahí que el trabajo de campo no sea solo un medio de obtención de la información, sino el momento mismo de producción de los datos y elaboración del conocimiento” (Guber 2005: 91).

Finalmente, el diario de campo tiene como función de ir construyendo una agenda de trabajo que va respondiendo día a día a los avances y avatares de la investigación en terreno. En el diario de campo se planea las actividades que deben adelantarse, se diseñan cuestionarios o talleres sobre la marcha, se identifican fuentes que deben ser exploradas... una agenda que busca responder de la manera más adecuada e inmediata a cómo se va desarrollando el trabajo de campo.

Estas tres funciones pueden marcarse con colores o con ciertas convenciones en la escritura. Marcar o no estas diferentes funciones depende del estilo personal del etnógrafo. Así, por ejemplo, uno puede destinar la parte superior de las márgenes o hacer un recuadro al interior del cuerpo del texto para anotar lo referido a la agenda. Esto en caso de que se trabaje con libretas o cuadernos, pero todas estas estrategias de marcación son diferentes si se trata de un diario de campo escrito directamente en computador.

Ninguna técnica de investigación expresa tanto la personalidad del etnógrafo así como su concepción de la investigación como el diario de campo. Hay algunos autores que sugieren llevar un diario intensivo durante el trabajo de campo (cfr. Arocha s.f.). Este diario intensivo recogería la dimensión más emocional y autobiográfica:

“Este tipo de diario, que sería una ampliación y enriquecimiento del tradicional diario etnográfico, permite el registro y sistematización no sólo de las observaciones culturales, sino de las descripciones interiores de los investigadores que habían quedado hasta entonces relegadas a diarios privados, ausentes de los textos etnográficos. La base de este proceso consiste en ejercicios sobre sueños, ensoñaciones y anotaciones diarias. Su propósito es construir un puente de acceso al inconsciente que permita aproximaciones sistémicas a la vida del diarista. Con el tiempo, él va a lograr percibir el funcionamiento relacional de sus procesos mentales profundos” (Espinosa y Jacanamijoy s.f.: 3).

El diario intensivo sería un instrumento ‘terapéutico’ durante el trabajo de campo para el etnógrafo en tanto encontraría en su escritura un ejercicio catártico del cumulo de emociones y tensiones que pueden derivarse del mismo. Pero, además de esta función, como queda claro en la cita realizada, el diario intensivo tendría como propósito incorporar en la investigación esa dimensión subjetiva, autobiográfica, de la memoria y de lo emocional.

### **Informante**

En el contexto colombiano, la palabra de informante está asociada a quien es un soplón, a la especie de batracio que a escondidas y usualmente por dinero delata a sus congéneres ante las autoridades del estado o las de facto (en no pocas ocasiones con móviles criminales). El sentido dado por los antropólogos al informante pretende ser bien distinto: es la persona con la que el etnógrafo establece una estrecha y prolongada relación constituyéndose en una fuente de conocimiento de la vida social estudiada.

No obstante, algunos autores consideran que la noción de informante, utilizada por largo tiempo entre los antropólogos, es desafortunada porque supone que hay alguien que informa y alguien que es informado, alguien que contesta y alguien que pregunta; es decir, está indicando de manera descarnada y recurriendo a un término con claro un legado colonial la existencia unas relaciones de poder entre personas que son estudiadas y el etnógrafo que es

quien estudia (Fals Borda y Mohammad 1991). De ahí que algunos de estos críticos opten por otras modalidades de relación más horizontales a las cuales se refieren con términos como el de interlocutor.

Para este texto mantendremos la palabra de informante, reconociendo lo acertado de las críticas indicadas. Pero propondremos bajo este nombre de informante una técnica que apunta más a una relación dialogada y bi-direccional, que no es ingenua con respecto a las relaciones de poder que subyacen a la investigación etnográfica. Por lo tanto, definimos al informante como aquella persona del lugar donde realizamos el trabajo de campo, fundamental para el proceso de la investigación, con quien establecemos de una forma respetuosa una relación sistemática de aprendizaje. En este sentido, entonces, la empatía es fundamental así como la aceptación por parte de la persona que se constituye en nuestro informante. Trabajar a partir de este criterio es central, teniendo en mente que la horizontalidad y el respeto están por encima de la investigación misma. Este es un principio que no es solo aplicable a la técnica del informante, pero que en ella se hace más palpable.

Además de nuestra empatía y de su aceptación, para que alguien sea un adecuado informante tienen que darse otras condiciones. Una muy importante es su conocimiento de lo que nos interesa estudiar. No todas las personas en un lugar, por pequeño que éste sea, tienen igual acceso o conocimiento sobre todas las temáticas. Dependiendo de su género, generación, biografía y trayectoria, una persona tiene acceso y conoce ciertos aspectos de la vida social mucho más que otras. En algunos casos, solo unas cuantas personas tienen acceso a ciertos conocimientos y prácticas. De ahí que sus planteamientos son siempre posicionados y dependientes de su particular lugar en la formación social y vida social que estamos estudiando. Más aún, “[...] las respuestas suelen estar íntimamente relacionadas con el contexto en que se brindan y las posiciones estructurales y situacionales que ocupan los informantes, de modo que es necesario ponderar dichas respuestas y cómo se han obtenido” (Guber 2005: 101-102).

Así, por ejemplo, si estamos haciendo una investigación sobre culturas juveniles, es evidente que los jóvenes y los adultos se encuentran en posiciones distintas con respecto al conocimiento de estas culturas. Si nos interesa, digamos, las diferencias de estilos y de tendencias entre los jóvenes, un adulto que no sepa nada de eso no puede ser un informante adecuado mientras que un joven que conozca y que incluso lidere uno de estos estilos o tendencias sería mucho más apropiado. El género, la clase social o incluso el lugar de residencia también son factores que deben ser tomados en consideración en la selección de un informante. De esta manera no cualquier persona tiene el perfil adecuado para ser informante, sino que depende de la investigación que se adelante. Esto se hace incluso más obvio si nuestro tema implica especialistas como puede ser el chamanismo o la medicina tradicional como las parteras o curanderos.

El éxito o el fracaso de esta técnica de investigación dependen en gran parte de la capacidad de seleccionar un buen informante. Por eso es recomendable esperar un tiempo prudencial para que con el avance del trabajo de campo se cuente con un conocimiento básico del perfil de las personas con las que pudiéramos establecer este tipo de relación. Guber (2005: 141-144) aborda los diferentes tipos de variables que entran en juego en la elección de un informante adecuado, entre las cuales anota la ubicación estructural, la posición en los agrupamientos sociales, las temáticas dominadas y grado de formalidad de su posición social.

Otro factor que facilita o entorpece la fluidez de la relación con un informante se deriva del carácter de éste. No todas las personas tienen la misma habilidad para reflexionar sobre sus propias prácticas y concepciones culturales, para tomar cierta distancia y ofrecer descripciones e interpretaciones de éstas. En el mismo sentido, no todas las personas tienen la misma habilidad o paciencia para dialogar durante largos periodos con alguien que no pertenece a su núcleo familiar o afectivo más cercano. Hay gente tímida, que no estaría

dispuesta a una interacción con un cuasi extraño. Todos estos rasgos de carácter deben ser tomados en consideración a la hora de pensar en un informante.

Finalmente, aunque está implícito en la idea de aceptación, cabe resaltar que es crucial que exista compatibilidad entre el informante y el etnógrafo. Entiendo por compatibilidad no sólo que en el plano personal se lleven bien sino que socialmente sea viable que pasen juntos largos periodos de tiempo. En ciertos lugares, no es viable que una mujer casada pase tiempo con un hombre que no sea su marido o viceversa. Igual con ciertas autoridades locales o ciertas personas que ocupan categorías especiales. Todo esto debe estar claro para el etnógrafo a la hora de pensar en una persona como su informante.

Como puede haber deducido un lector atento, no se puede considerar como informante cualquier persona con la que conversemos sobre el tema de estudio, ni siquiera a quien entrevistemos en varias oportunidades. Durante el trabajo de campo, el investigador sostiene innumerables conversaciones informales con las más diferentes personas. Muchas de estas conversaciones pueden estar orientadas, en parte o en su totalidad, a arrojar luz sobre aspectos que le interesan al etnógrafo. No obstante, esto no hace a todas estas personas nuestros informantes. También suelen resultar decenas de entrevistas (sobre lo que volveremos más adelante), algunas de ellas registradas en grabaciones y que son fundamentales en la investigación, sin que por ello consideremos que todas las personas que entrevistamos sean nuestros informantes.

Aunque con los informantes conversamos y los entrevistamos, no todos con quienes conversamos y entrevistamos son por esta razón nuestros informantes. Las conversaciones y entrevistas con los informantes son diferentes no sólo porque son recurrentes y sistemáticas, sino también porque demandan lo que podríamos denominar un diálogo en profundidad y reflexivo. La diferencia no es, por tanto, simplemente cuantitativa sino cualitativa.

En las conversaciones o entrevistas sostenidas con los informantes les pedimos, como a cualquier otra persona, que nos relaten qué sucede en determinadas situaciones, así como que nos ilustren sobre las personas que participan, sus significados y demás. Lo que caracteriza las conversaciones o entrevistas con los informantes es la profundidad y sistematicidad que adquieren dado que le pedimos aclaraciones sobre los detalles, le leemos pasajes de lo que hemos escrito sobre esto, compartimos nuestras interpretaciones y entramos en un verdadero diálogo. En esta interacción dialógica, amerita tenerse presente que “[...] los informantes también son sujetos de reflexividad en la medida en que orientan su acción de acuerdo con diversos factores y con las circunstancias concretas que les toca enfrentar” (Guber 2005: 133).

Con los informantes es útil establecer sesiones de trabajo, donde podamos dedicarnos a profundizar en aspectos concretos de la investigación. Pueden ser sesiones formalmente establecidas, para trabajar dos o tres horas durante un par de veces a la semana, por lo cual en algunos casos puede incluso considerarse una retribución (económica o simbólica) o una contraprestación de parte del investigador. Pueden ser sesiones de trabajo informales, es decir, mientras se acompaña al informante en sus propias labores o en los momentos de ocio. En cualquier caso, estas sesiones de trabajo deben ser planeadas con anterioridad por el etnógrafo para cumplir objetivos puntuales como la contrastación de una observación adelantada unos días antes, la ampliación de una serie de conceptualizaciones que no tenemos aún claras, o escuchar su opinión sobre algunas interpretaciones que hemos avanzado.

### **Entrevista etnográfica**

Para quienes apenas se inician en la investigación social, la entrevista puede parecer una técnica sin mayores misterios, pues se suele creer que simplemente supone contar con una grabadora y preguntarle a la gente sobre lo que se está investigando. Esto se debe en gran

parte a que la imagen que se impone cuando se habla de entrevista es la adelantada por un periodista a un personaje destacado o la que se desarrolla como parte del cubrimiento de un hecho noticioso. No obstante, la entrevista como técnica de investigación etnográfica es bien distinta (y en algunos puntos contraria) de esta imagen. La entrevista etnográfica es una técnica que demanda gran preparación y que sólo es útil para el investigador si se adelanta correctamente.

En un sentido amplio, se puede partir de definir la entrevista etnográfica como un diálogo formal orientado por un problema de investigación. Esta definición amerita ciertas distinciones y aclaraciones. En primer lugar, la entrevista como *diálogo formal* se diferencia de las charlas espontáneas de carácter informal. La entrevista como técnica de investigación no se puede confundir con las charlas que espontáneamente se adelantan con las personas durante el trabajo de campo. Como lo veremos más adelante, la entrevista supone que se han diseñado de antemano los términos, contenidos y formas de registro del diálogo. Es en ese sentido que la entrevista etnográfica es un diálogo formal, no es algo improvisado.

Ahora bien, esto no significa que las charlas informales o espontáneas no sean una fuente crucial para la investigación etnográfica. Al contrario, es en gran parte a través de estas charlas que los investigadores sociales se adentran en la comprensión de las percepciones, prácticas e interacciones de las personas sobre el problema de investigación. Aprender a conversar desprevenidamente con la gente, escuchando realmente lo que dicen, preguntando cuando es del caso y sabiendo guardar silencio es una destreza que deben manejar los investigadores sociales. Aunque las charlas son de gran importancia, constituyen una técnica de investigación en sí que no se pueden confundir con las entrevistas etnográficas.

En segundo lugar, no se debe olvidar que el problema de investigación es el que orienta la entrevista etnográfica en el sentido de que establece qué se pretende conocer, qué información es pertinente y necesaria para el investigador. Sin problema de investigación (esto es, sin haber formulado de manera explícita, coherente y pertinente el objeto de la investigación), la entrevista etnográfica carece de sentido. Estas entrevistas se elaboran dentro de una investigación para ofrecer datos relevantes que ayuden al investigador a comprender más adecuadamente la problemática que está estudiando. De ahí que la entrevista etnográfica debe ser considerada como un componente dentro de un proceso de investigación y no se da de manera aislada ni desconectada de un problema de investigación concreto.

Finalmente, es importante distinguir entre los cuestionarios, las encuestas y los censos de un lado, y la entrevista del otro. No se puede confundir una entrevista con un cuestionario una encuesta o un censo. Los cuestionarios, encuestas y censos constituyen otras técnicas de investigación que suponen preguntas cerradas, es decir, preguntas que sugieren respuestas del tipo sí/no, de escogencia múltiple o de definiciones muy puntuales. En general, estos cuestionarios, encuestas y censos buscan cuantificar ciertos aspectos de una población específica o de sus percepciones. Por eso, se hacen muestras significativas y se trabaja desde bases de datos estadísticos..

De ahí que estas técnicas sean consideradas como cuantitativas ya que se centran en medir y cuantificar. Por eso, las técnicas cuantitativas nos hablan de porcentajes y cantidades que a menudo nos presentan en cuadros y tablas. Un censo de una población es una técnica cuantitativa porque busca saber cuántas personas componen esa población, así como cuántos de estos son hombres y cuántas mujeres, cuántos son niños, adultos o ancianos, y así sucesivamente sobre diferentes aspectos que pueden ser cuantificables. Una encuesta que busca medir la opinión de una población sobre un tema o la intencionalidad de voto en unas elecciones también es una herramienta de investigación cuantitativa. Los resultados se entregan en forma de porcentajes con respecto a unas variables determinadas.

Por el contrario, la entrevista supone preguntas abiertas donde los entrevistados presentan sus puntos de vista con cierto detenimiento. Por tanto, las entrevistas apuntan más a un diálogo orientado entre el investigador y el entrevistado. Antes que cuantificar determinados aspectos de una población, con la entrevista lo que se busca es comprender en detalle las percepciones de los entrevistados o profundizar el conocimiento de situaciones pasadas o presentes. De ahí que el investigador invierte un tiempo significativo no sólo en la realización de cada entrevista, sino también en su posterior análisis e incorporación a los resultados de su investigación. Las entrevistas se les hace a relativamente pocas personas a diferencia de los censos, encuestas y cuestionarios que tienden a abarcar muchas más.

La entrevista es una técnica de investigación etnográfica que nos permite acceder a cierto tipo de información, pero no a otra. Nos puede servir para comprender aspectos de la memoria colectiva de una población, pero no para saber el número de personas que en una localidad determinada desempeñan un oficio determinado. Se debe ser muy claro sobre los alcances y los límites de la entrevista, para no recurrir a ella de manera errada sino sabiendo muy bien para qué sirve y cuál es su contribución en la investigación que se adelanta. Hay ámbitos de la vida social para los cuales la entrevista es una herramienta privilegiada. Entre estos ámbitos de la vida social se pueden resaltar:

1. Acceso a las percepciones y valoraciones que los entrevistados poseen sobre situaciones, hechos y personajes, así como sus deseos, temores y aspiraciones.
2. Conocimiento de acontecimientos del pasado o del presente de los cuales los entrevistados fueron testigos directos.
3. Registro de la tradición oral de la cual son portadores los entrevistados. Esta tradición incluye tanto la historia local como la oralitura (cuentos, mitos, narrativas y leyendas populares).
4. Descripción de saberes, artes y oficios desempeñados o conocidos por el entrevistado, así como de la urdimbre de relaciones sociales en las cuales se encuentra inscrito.
5. Pesquisa del conocimiento y epistemología local expresados en la cosmovisión de los entrevistados.

Ahora bien, una entrevista bien diseñada puede ser una fuente de información valiosa en alguno de estos ámbitos pero si no lo está no es más que una pérdida de tiempo para el investigador y, por supuesto, para el mismo entrevistado. Una entrevista está mal diseñada cuando es prematura y forzada, cuando contiene preguntas inadecuadas que reflejan el desfase del entrevistador de la situación o aspecto por el cual pregunta, cuando se realiza a las personas que no son las indicadas, o cuando lo hace en los momentos y espacios impertinentes. Por eso, si uno quiere fracasar haciendo entrevistas lo mejor es empezar a hacerlas sin tener el mínimo conocimiento del lugar y las personas con las cuales uno está adelantando la investigación. Apresurarse es el mejor camino para fracasar haciendo entrevistas. Las entrevistas no son una técnica de investigación para instrumentalizar en los primeros momentos del trabajo de campo, sino cuando ya el investigador tenga unos conocimientos básicos y, sobre todo, haya creado relaciones de confianza con sus posibles entrevistados. Para los primeros momentos del trabajo de campo debe recurrirse a una discreta observación y charlas informales.

Existen ciertas condiciones para el éxito de la entrevista. En primer lugar, la existencia de una mínima confianza mutua entre entrevistado y entrevistador. Si el entrevistado desconfía del entrevistador, si no tiene claros los motivos del investigador y de que la información de la entrevista no será difundida de formas indebidas, la entrevista no podrá adelantarse adecuadamente. En segundo lugar, el entrevistador debe tener un conocimiento básico para poder identificar a los entrevistados claves, para diferenciar a aquellas personas que por su trayectoria, conocimiento o posición pueden ofrecer la información relevante para su investigación. En tercer lugar, las entrevistas deben ser diseñadas de tal forma que fluyan de la forma más natural posible, sin producir ruidos innecesarios debido al momento, el lugar o

la tecnología de registro seleccionada (sobre esto volveré más adelante). Finalmente, el entrevistador debe tener muy claro qué tipo de información se espera registrar en cada una de las entrevistas que adelante.

Todo eso nos lleva a argumentar que la entrevista es una técnica que rinde sus mayores frutos cuando ya se tiene cierto conocimiento de la problemática que se investiga y se han establecido relaciones de confianza y credibilidad con quienes se entrevistan. Esto, obviamente, choca con la imagen del entrevistador como un paracaidista que llega de un día para otro preguntando con grabadora en mano para desaparecer de la escena tan abruptamente como llegó. El buen entrevistador es paciente y laborioso: sabe de antemano lo que cada entrevista le ofrecerá, conoce los alcances y características del entrevistado, sabe por qué, para qué, dónde y cómo cada entrevista es pertinente. En términos generales, se puede decir, incluso, que antes que ofrecer nueva información la entrevista permite contrastar de manera formal y sistemática lo que ya se conoce mediante el trabajo de campo que la antecede y la posibilita. En este sentido es que puede afirmarse que la entrevista no es un punto de partida, sino uno de los de llegada del proceso de investigación etnográfica.

En ningún caso una entrevista debe adelantarse sin que entrevistado conozca los propósitos de la entrevista en particular y de la investigación en general. Esto debe hacerse de una forma tal que el entrevistado entienda realmente lo que buscamos y cómo vamos a utilizar el material que resulte de la entrevista. Debemos solicitarle abiertamente su consentimiento para la entrevista y para utilizar medios de registro como la grabadora o las notas. Nunca se debe grabar a alguien de forma subrepticia. Ese es un acto de deshonestidad para con quienes han depositado confianza en el investigador. La honestidad con el entrevistado constituye un fundamento ético que está por encima de la obtención de cualquier información por valiosa que ésta sea.

Ahora bien, cuando lo que estamos investigando puede de alguna manera poner en riesgo al entrevistado debemos tomar todas las medidas necesarias para que esto no suceda. Manejar los seudónimos y cifrar el perfil del entrevistado de tal forma que no pueda ser identificado es una precaución fundamental. Otra es mantener absoluta reserva con terceros sobre su identidad como sobre sus confidencias. Finalmente, evitar que nuestras notas o materiales sean posibles fuentes de identificación de estos entrevistados. No debe perderse de vista que una investigación no tiene ningún sentido si no es ante todo una relación de respeto por la tranquilidad y dignidad de las personas con las que trabajamos.

Las entrevistas comienzan con su diseño. El diseño es la fase donde se definen los contenidos, el momento, los entrevistados y las modalidades de registro de las entrevistas. Es una fase de planeación que se lleva a cabo sobre el terreno mismo y con base en la información que se ha ido consolidando de otras técnicas de investigación como las charlas y las observaciones. Lo primero que debe estar claro es el objetivo concreto de la entrevista. Por eso, antes de seguir con el diseño de una entrevista, el investigador debe responderse la siguiente pregunta: ¿qué se espera en concreto de la entrevista que se pretende adelantar? Teniendo eso en claro, se pasa a escribir la serie de temáticas que cumplirían tal objetivo y que deben ser abarcadas en la entrevista. Estas temáticas se ordenan ya sea siguiendo criterios cronológicos (siguiendo secuencias temporales, lo que pasó antes y qué después), lógicos (siendo coherentes en el tratamiento y la sucesión de las temáticas) o de menor a mayor dificultad para tratar por parte del entrevistado. El punto es que la entrevista debe ser ordenada, pasando de una pregunta a otra de manera clara, agotando un tema con una serie de preguntas antes de moverse al siguiente. Una vez establecidas las temáticas y su orden, de ahí se van definiendo una a una las preguntas de la entrevista.

En el diseño también se identifican quiénes son las personas que deben y pueden ser entrevistados. Se seleccionan cuidadosamente los posibles entrevistados según sus características y conocimiento. No se puede entrevistar a todo el mundo, y aunque se pudiera



no es necesario hacerlo. Pero sí se deben entrevistar a ciertas personas que son cruciales por la información que ellos pueden ofrecer. Debido a la posición social, a la trayectoria o a los conocimientos, una o varias personas son esenciales para el avance de la investigación. Saber quiénes son los entrevistados claves es precisamente algo que se adquiere por el trabajo previo. En la selección de los entrevistados debe tenerse en cuenta si ya se ha establecido contacto con ellos y se han establecido una relación de mutua confianza. Aunque esto no es condición para adelantar la entrevista, una entrevista a un extraño que desconfía de los móviles del investigador no es lo recomendable.

Definir cuándo y dónde es más apropiado adelantar la entrevista es algo que también se hace en la fase del diseño. Escoger el momento y el lugar adecuados para una entrevista es fundamental ya que de ello puede depender la disposición del entrevistado hacia ciertas preguntas o hacia la entrevista en su conjunto. Hay tiempos y sitios donde no se habla de ciertas cosas o donde no se puede desarrollar la entrevista sin tropiezos o sin perturbar al entrevistado. Todas estas variables deben ser tomadas en cuenta en el diseño de la entrevista, y muchas de ellas son evidentes al investigador sólo si conoce el contexto en el cual se adelanta la investigación.

Finalmente, en el diseño de la entrevista deben decidirse los medios de registro que se utilizarán en la entrevista. La grabadora es un medio muy útil, sobre todo si uno está interesado en análisis de discurso o en examinar en detalle las expresiones y modismos de los entrevistados. No obstante, la grabadora puede ser causa de perturbación y perspicacias si no existe el ambiente de confianza previa entre el entrevistado y el entrevistador. Igualmente, muchos novatos graban todas las entrevistas y después se pasan semanas transcribiéndolas para luego descubrir que mucho de esto es esfuerzo perdido (sobre esto volveré más adelante).

Los apuntes pueden ser otra técnica de registro. Su ventaja radica en que introduce menos perturbación que la grabadora en el entrevistado. Además, las notas son mucho más fáciles de incorporar en el análisis. Los apuntes es una técnica muy útil si con la entrevista estamos buscando información sobre acontecimientos (del pasado o del presente), sobre saberes, artes y oficios, o sobre relaciones sociales. Estos datos los podemos ir escribiendo a vuelo de pluma mientras adelantamos la entrevista. No obstante, tomar apuntes es inapropiado si estamos interesados en aspectos como conocimiento y epistemología local o sobre las percepciones, valoraciones y aspiraciones de los entrevistados, ya que en estos casos tenemos que hacer análisis de discurso y necesitamos contar con la grabación para hacerlo. Igualmente, para registrar la tradición oral es generalmente insuficiente tomar notas.

Una vez diseñada, se puede realizar la entrevista. Lo primero es solicitarle a la persona que se desea entrevistar su consentimiento para realizar la entrevista. En este momento se le debe explicar al posible entrevistado las temáticas que se tratarán en la entrevista así como proponerle un lugar y tiempo determinado (que ojalá sean al menos un día después de esta solicitud). Ya cuando llegue el momento de la realización de la entrevista, no debemos olvidar empezar dejando constancia de la fecha, lugar y persona que se entrevista. Sin esta información se pone en riesgo el posterior análisis. Si las temáticas de la entrevista pueden poner en riesgo al entrevistado, debe buscarse un seudónimo para proteger su identidad.

Lo más importante en la ejecución de la entrevista es tener la habilidad para establecer una conversación fluida con el entrevistado. En aras de establecer esta fluidez, lo ideal es haberse memorizado las preguntas que se van a realizar durante la entrevista, aunque es importante tenerlas a mano por escrito para no dejar pasar alguna. Hay que realizar el menor número de intervenciones por parte del entrevistador “No debe haber intervención en vano, todo debe ser justificado y acorde con el ritmo y los objetivos de la entrevista” (Galindo 1998: 213).

La fluidez en la conversación debe permitir que el entrevistado dirija por momentos sus elaboraciones hacia lo que nos puede parecer digresiones ya que en éstas pueden emerger conexiones o aspectos que son vitales para la investigación. Ahora bien, estas digresiones no pueden significar que el hilo conductor de la entrevista se pierda definitivamente. Para esto, el investigador debe ser muy cauteloso en saber hasta dónde sigue las aparentes digresiones del entrevistado y cuándo retoma la dirección de la conversación hacia el cauce previamente contemplado en el diseño. En una palabra, se debe ser flexible con el rumbo de la entrevista pero no perder de vista lo que se busca con ella.

Otro punto que debe tenerse en cuenta durante la ejecución de la entrevista, es que a veces una pregunta debe ser formulada de diferentes maneras si la respuesta obtenida la primera vez es insuficiente o evidencia que no fue tomada por el entrevistado en el sentido que el investigador quería. No obstante, si lo que sucede es que el entrevistado evade la respuesta (por las razones que sean) no debe insistirse en ella. En todo momento, el investigador debe respetar los ritmos y los silencios de los entrevistados.

A propósito, es importante indicar que en la realización de una entrevista no se debe abusar del tiempo y de la disposición del entrevistado. Como bien lo resalta Rosana Guber: “[...] el tiempo del investigador no es el tiempo de los informantes, estos no son máquinas para vomitar el material según los plazos que debe cumplir el investigador” (2005: 241). Además, hay que saber manejar los medios de registro para no introducir ruidos indebidos tal y como nos lo recuerda Létourneau:

“Por regla general, mientras mejor conozca el investigador sus equipos, mayor será su disponibilidad durante la entrevista. Esto suele influir sobre el comportamiento de la persona entrevistada, que en virtud de ello se vuelve más espontánea. En este sentido, es primordial relativizar la técnica para que no se vuelva un foco de distracción. También se debe evitar la consulta repetida del texto del cuestionario. Asestarle un micrófono en las narices al entrevistado o perderse entre unos papeles en desorden compromete la calidad de la interacción” (2007: 171).

Concluida la entrevista, ese mismo día o cuando más al siguiente, es muy importante realizar por escrito en el cuaderno o diario de campo un balance de lo que sucedió en el transcurso de la misma para poder contextualizar luego la información que se obtiene de la grabación o de las notas. Hay aspectos como presencia de terceros, actitud corporal, gestualidad, silencios, etc. que constituye información valiosa a la hora de comprender los alcances y límites de las respuestas obtenidas. Esto es fundamental ya que las respuestas obtenidas en una entrevista, como en cualquier otra interacción social, dependen en gran parte del contexto en el que se brindan.

## **Historia de vida**

Aunque las historias de vida a menudo se realizan con base en entrevistas en profundidad, es importante diferenciar las historias de vida como una técnica de investigación de las entrevistas en profundidad ya que tiene unos propósitos muy particulares y una función bien específica dentro la investigación etnográfica.

Es importante tener presente que la historia de vida como técnica de investigación ha sido utilizada por los sociólogos e historiadores (Vega 1988: 180-188). Los sociólogos han recurrido a las historias de vida para apuntalar sus planteamientos teóricos o para ilustrar con trayectorias de vidas concretas sus estudios empíricos. Por su parte, los historiadores han recurrido a las historias de vida en el marco del posicionamiento de la historia oral como una fuente relevante en los estudios históricos.

Para este módulo nos interesa la historia de vida como una herramienta de investigación en el contexto de los estudios etnográficos. La historia de vida sería así una de las posibles técnicas de investigación con las que se cuenta para alimentar la labor etnográfica. Para la etnografía, la historia de vida nos permite explorar e ilustrar en la trayectoria vital de una persona los significados y prácticas culturales en las cuales se encuentra inserta. Así, por ejemplo, si estamos realizando una etnografía sobre la pesca artesanal, la historia de vida de un hombre que se ha dedicado a la pesca desde niño puede permitirnos comprender con mayor detalle ciertas transformaciones que se han sucedido en las artes de pesca durante su periodo de vida o la importancia diferencial de la pesca dependiendo del momento de la vida de esta persona y de las cambiantes condiciones económicas y sociales.

Flor Edilma Osorio (2006: 6-7) establece una útil distinción entre biografías, autobiografías, testimonio e historias de vida. La diferencia entre las dos primeras y la historia de vida radica en que ésta última resalta, a través de la trayectoria vital de una persona, dimensiones colectivas y sociales relevantes para la investigación social; mientras que las dos primeras enfatizan, a veces desde una perspectiva celebratoria, la experiencia individual descontextualizada. El testimonio, por su parte, es mucho más puntual que la historia de vida y usualmente es un relato en primera persona que ha sido testigo de una serie de sucesos.

Pudiera pensarse que una historia de vida solo demanda pedirle a alguien que nos cuente su vida y transcribir lo que de esta conversación resulta. Nada más equivocado. Primero, porque contar con una narrativa coherente y reflexiva sobre la vida propia no es muy común. En la gran mayoría de los casos, como bien lo anota María Teresa Uribe “[...] la vida no constituye una historia hasta el momento en el cual alguien pregunta por ella” (1993: 73). Es muy importante no olvidar que la historia de vida “[...] es producto del diálogo; se elabora en el contexto de una relación entre una demanda de conocimiento por parte del investigador y un bien, el saber que tiene el entrevistado, que muchas veces no está disponible porque incluso su dueño no sabe que lo posee; podría decirse que está en estado virtual [...]” (Uribe 1993: 73). Esto significa que hay todo un trabajo de elaboración, de preguntas que desencadenan fragmentos de relatos, que permiten el surgimiento de pedazos de memorias, que van a ir conformando paulatinamente la historia de vida.

Segundo, porque lo que para el investigador es relevante no necesariamente lo es para la persona que relata su vida. Esto es lo que Uribe denomina la contraposición de lógicas:

“[...] en la construcción de las historias de vida hay siempre una tensión implícita absolutamente inevitable y frente a la cual la única alternativa es saber que existe e intentar su manejo por parte de quien conduce la entrevista; es la tensión entre los intereses y temáticas que le preocupan al investigador y lo que el entrevistado quiere relatar o, en otras palabras, lo que para él resulta importante o digno de contar y supuestamente valioso para quien le pregunte por ‘su vida’. Aspectos de la cotidianidad, del entorno, de la cultura, no son relatados por el entrevistado porque estarían para él en el campo de lo obvio, de lo evidente, de lo nimio y lo anodino; de allí la importancia de formular preguntas adecuadas que despierten alguna reflexión sobre lo que el entrevistado nunca se ha preguntado y que incluso le cuesta nombrar y hablar de ello” (1993: 74).

Finalmente, como se verá más adelante, porque una historia de vida es el resultado de varias sesiones de trabajo de entrevistas en profundidad intercaladas con un trabajo analítico y de elaboración por parte del investigador.

La realización de cualquier historia de vida demanda varias sesiones de entrevistas en profundidad con la persona a la que le estamos haciendo su historia de vida. Por tanto,

muchas de las indicaciones y precauciones que hemos realizado para la entrevista en profundidad aplican para la historia de vida. Resaltemos, así sea de pasada, las siguientes:

- No soslayar el conocimiento y confianza previa que debe existir con quien se adelanta la historia de vida.
- No olvidar la claridad en el propósito, los alcances y los énfasis en la realización de cada una de las sesiones de entrevistas para la historia de vida.
- Tener presente que las sesiones de trabajo deben considerar los más adecuados momentos, lugares, tonos y modalidades para adelantar las diferentes entrevistas que conformaran la historia de vida.

En la realización de una historia de vida no solamente nos basamos en entrevistas a la persona de cuya vida estamos haciendo la historia, sino que estas entrevistas suelen complementarse con información resultante de conversaciones informales o incluso entrevistas a otras personas. Las percepciones o experiencias de ellas relacionadas con la vida de la persona que estamos trabajando nos permiten contrastar y complejizar los relatos con los que contamos.

Otra importante complemento para la realización de una historia de vida radica en fuentes materiales como cartas, prensa local, archivos fotográficos, objetos, etc. que hayan sido conservados directamente por la persona de cuya vida estamos haciendo la historia o por sus allegados. Estos materiales sirven para ampliar aspectos ya abordados en las entrevistas, así como ofrecen nuevos datos o pistas que hasta entonces no habían sido contemplados.

El proceso de elaboración de una historia de vida inicia con la elección de la persona que por su perfil en relación con nuestra pregunta de investigación amerite este tipo de labor. En esta elección no solo debe considerarse que la trayectoria vital de esta persona sea relevante para nuestro estudio sino que también tenga la disposición para sentarse durante varias sesiones a contarnos detalladamente su vida. Si es un buen conversador, es una habilidad que sin duda ayudara en el proceso. No es una elección tan fácil, sobre todo si nos apresuramos. Como con la elección de los informantes, siempre es más recomendable tomar estas decisiones luego de un avanzado un periodo de trabajo de campo.

Una vez seleccionada la persona adecuada, y después de contar con su consentimiento, hay una primera fase exploratoria en la elaboración de la historia de vida que consiste en hacerse a un mapa general de la trayectoria, de los lugares conocidos y de los momentos más significativos. Esta fase puede implicar varias sesiones de entrevistas en profundidad. Empezar por los recuerdos más tempranos y desde allí ir tejiendo el relato hasta el presente puede ser una ruta. Otra puede partir de una situación o momento ya identificado y desde allí ir completando ese mapa general. Aunque registrar en una grabadora puede ser una buena idea, sobre todo para que la persona se vaya familiarizando con su presencia, lo más importante en esta fase exploratoria es constituir un diagrama, con una línea temporal, donde se vayan registrando los sucesos, personajes y sitios que definen su trayectoria vital.

La segunda fase, que es la del registro propiamente dicho, consiste en entrevistas grabadas a partir de una guía definida con base en el diagrama (resultado de la fase exploratoria) que divide la vida de la persona en *episodios significativos* asociados a momentos, personajes o lugares particularmente importantes para ella. Se recomienda registrar uno o dos episodios significativos por sesión, no solo para no extenuar al entrevistado sino también para ir ajustando la guía de registro con base en los materiales que se van resultando de estas entrevistas.

La tercera fase consiste en escribir un primer relato de la historia de vida valiéndose de las grabaciones realizadas. En la escritura de este relato es posible que aparezcan preguntas o aspectos que no habían sido contemplados hasta entonces por el etnógrafo. Por tanto, es

aconsejable ir escribiendo como notas al margen del relato estas dudas para consultarlas luego con la persona de cuya vida estamos haciendo la historia.

La cuarta fase es la de la contrastación de la narrativa de vida que hemos elaborado con la persona con la cual venimos trabajando. Se sugiere que vayamos leyendo el texto escrito lentamente invitándole a que comente, corrija, amplíe la narrativa que hemos compuesto. Además, este es el momento en el cual podemos hacer las preguntas que habían surgido en la escritura. Se recomienda grabar la sesión e ir anotando los cambios sugeridos para, un par de días después, retomar la redacción de la narrativa e introducir los cambios resultantes de esta sesión de trabajo.

La última fase consiste en devolver la nueva versión de la historia de vida, ojalá en una sesión de trabajo donde la persona pueda hacer nuevas observaciones. Si estas son sustanciales, se sugiere que se vuelva a realizar este ejercicio hasta cuando la persona a la que le estamos haciendo la historia de vida sienta que la narrativa que hemos escrito la satisface y se identifica con ella.

### **III. Escritura etnográfica**

“Entonces, un día, una niebla casi literal se levantó y las palabras fluyeron. Parecía, más bien, que las palabras se escribían solas a través de mí”

Renato Rosaldo (1991: 23)

La escritura etnográfica es el resultado de un largo proceso de destilación de los materiales obtenidos en durante el trabajo de campo así como del bagaje teórico que subyace al problema de investigación. Entendemos la escritura etnográfica como una fase del proceso de investigación en la cual se decantan una multiplicidad de documentos, entrevistas, observaciones e interpretaciones, en aras producir unas narrativas etnográficas en forma de escritos, documentales, presentaciones, etc.

Quienes no se han enfrentado a un cumulo de materiales resultado del trabajo de campo, pudieran pensar que la escritura consiste en un ejercicio mecánico que se realiza después de tener ya todo listo, un simple acto de poner en limpio claridades y resultados derivados del trabajo campo. Nada más distante de la realidad. Una angustia paralizante acompaña a no pocos jóvenes colegas una vez han concluido sus labores de terreno debido a que no saben qué hacer ahora con la ‘información’. No pocos se zambullen durante semanas o meses en la febril transcripción de sus grabaciones logrando sentir que avanzan en su investigación, pero a menudo pronto se encuentran ante la incertidumbre de qué hacer con esos cientos de páginas que vienen a engrosar el listado de los resultados de su trabajo de campo. Las cajas con documentos reunidos se agolpan en sus cuartos y lugares de trabajo, al igual que se van multiplicando los archivos y carpetas en su computador, mientras se pasan semanas y a veces meses sin grandes avances en la ‘tesis’ o el informe que hay que entregar.

Gran parte del problema radica en que no suele hablarse de esta fase de la investigación. Cuando más, se hacer referencia a ella de manera general como análisis de la información o sistematización, pero poco es lo que se profundiza en los pasos a seguir en concreto para enfrentarse con el cumulo de materiales obtenidos durante meses o años de atenta pesquisa etnográfica.

Estos materiales, resultado del trabajo de campo, son de diversa índole. Entre ellos pueden encontrarse una gama de documentos institucionales, artículos de prensa, escritos inéditos,

procesos judiciales, imágenes, etc. Muchos de estos materiales constituyen fuentes primarias; otros como las fichas y notas derivadas de la bibliografía existente publicada o inédita hacen parte de las fuentes secundarias. Las anotaciones del diario de campo y las entrevistas realizadas en el terreno por el investigador, así como los diagramas dibujados o las fotografías o audiovisuales tomados, constituyen también parte del corpus de materiales a los cuales se debe enfrentar.

Aunque la escritura etnográfica depende, como en el trabajo de campo, del estilo del investigador, se pueden indicar una serie de pasos a seguir que tienen el carácter más de orientación que de una receta inflexible. Con esto en mente, en esta unidad temática se expondrán algunos procedimientos que se espera sean útiles para abordar ese océano de materiales resultado del trabajo de campo y transformarlos en un texto etnográfico.

Antes de iniciar, sin embargo, valga la pena tomarse algunas líneas para resaltar un asunto de vital importancia: hay que mantener en un lugar adecuado al menos una copia de seguridad de los materiales y de los documentos analíticos que van resultando. Aunque para algunos parezca una recomendación trivial, no son pocos los investigadores que tienen accidentes con los computadores en los cuales han perdido parte o toda su información, lo cual puede ser desastroso. Por lo tanto, es indispensable contar con al menos una copia de seguridad actualizada en un lugar seguro. Además de las memorias portátiles, con las crecientes capacidades de almacenamiento de los correos electrónicos o los recientes servicios gratuitos de memorias virtuales, estos accidentes suceden solo por un inexcusable descuido.

### **Ordenando materiales**

Una vez se ha regresado del trabajo de campo, un primer paso consiste en la sistematización de los diversos materiales obtenidos. Es útil partir de realizar un índice analítico del diario de campo. Para esto se numera manualmente las páginas del diario si es uno escrito a mano o se introduce la paginación si fue escrito en un archivo de computadora. Luego de tener la paginación, realizamos una primera lectura para recrear mentalmente las situaciones y problemáticas que se fueron sucediendo durante el trabajo de campo.

A medida que vamos leyendo, se nos van ocurriendo ideas que debemos ir anotando en un documento aparte, que podemos identificar como el documento de notas de asociación libre. Las ideas que se van anotando aquí son de diversa índole: pueden ser elaboraciones referidas a la investigación misma suscitadas por la lectura del diario o sobre la estructura y presentación del texto etnográfico. Estas ideas son muy valiosas y no se pueden dejar perder pensando que posteriormente se las registrará. No hay que prestar atención en un particular orden o redacción de estas notas. Lo importante es que queden consignadas para que posteriormente, ya frente a realización de un esquema de redacción, volvamos sobre ellas.

Después de contar con esta primera lectura del diario de campo, nos regresamos a hacer un ejercicio de análisis de contenido del diario que será la base para la construcción del índice analítico. Vamos examinando lentamente las temáticas que han sido consignadas en cada uno de los párrafos del diario de campo. Podemos registrar en lápiz en la margen del texto o con la opción de notas las diferentes temáticas y sus elaboraciones. Las temáticas que van siendo identificadas se empiezan a listar en un documento aparte en lo que se convertirá en el índice analítico. En este listado se mantiene el número de página del diario de campo para poder encontrar la redacción a la que se refiere.

Una vez se haya realizado el análisis de contenido del diario de campo, se empieza a trabajar en la ordenación del listado de temáticas resultantes. Esta ordenación pasa por la agrupación de las temáticas que pueden ser reunidas en categorías más globales, así como por la jerarquización subsumiendo unas en otras dependiendo del nivel de generalidad o de la

derivación lógica de una con respecto a otra. Así, para presentar un ejemplo muy simple que busca ilustrar este punto, en un diario pueden resultar en el listado del análisis de contenido las siguientes temáticas: pesca con anzuelos, curación con secreto, cacería de noche con escopeta, dietas para picado de culebra, pesca con chinchorro, tipos de peces y minería con motobomba. Uno puede entonces reunir bajo la etiqueta de actividades productivas lo de la pesca con anzuelos, la cacería de noche con escopeta, la pesca con chinchorro, y la minería de motobomba. También puede reunir bajo el nombre de medicina tradicional lo de la curación con secreto y las dietas para picado de culebra. La primera categoría, la de actividades productivas, se pueden reunir bajo una subcategoría de pesca la de pesca con anzuelos y pesca con chinchorro. Visualmente el índice analítico de este imaginario diario de campo quedaría así:

Actividades productivas

Pesca

con anzuelos 3

con chinchorro 1

Cacería nocturna con escopeta 2

Minería con motobomba 4

Medicina tradicional

Curación con secreto 1, 3

Dietas de picado de culebra 3

Los números serían las páginas en las que aparecen los pasajes del diario de campo que se refieren observaciones, conversaciones o interpretaciones sobre cada una de estas temáticas. Nótese que una temática puede aparecer en diferentes páginas, y en los índices analíticos de un diario de campo real algunas de ellas aparecen muchas veces. Este procedimiento de elaboración del índice analítico del diario de campo suele tomar varias semanas.

Al igual que cuando se estaba haciendo el listado de las temáticas, es importante seguir anotando las ideas que vayan surgiendo sobre el contenido o la escritura en el documento de notas de asociación libre. Incluso si en algún momento se siente la necesidad de pasar de unas notas a redacciones de varios párrafos, no hay que contenerse sino permitir que estos fragmentos y borradores vayan apareciendo sin mayor preocupación por el orden o coherencia, la adecuación de la redacción o el tono de escritura.

Luego de contar con el índice analítico del diario de campo pasamos a organizar los documentos que hemos compilado durante la formulación del proyecto de investigación y durante el trabajo de campo. Dependiendo del formato, hay dos grandes tipos de documentos: los documentos electrónicos (en word, html, pdfs, ipg) y los que están en físico (fotocopias, volantes, comunicados, fotografías, documentales). Con los documentos electrónicos hay que organizar una carpeta donde estén todos. En esta carpeta pueden hacerse subcarpetas dependiendo de las temáticas más gruesas que han ido resultando del índice analítico del diario de campo. En la carpeta documentos es útil crear un documento en word para hacer un índice general de los documentos electrónicos. Este índice tendría el nombre asignado a cada documento y su ubicación si está en una subcarpeta. Además se indicaría el título del documento, y una breve síntesis del contenido de no más de dos párrafos resaltando que tipo de información contiene de utilidad para nuestra investigación.

Los documentos que tenemos en físico también los organizamos por carpetas (o cajas), tratando de agruparlos siguiendo las temáticas más gruesas que surgieron de la elaboración del índice analítico del diario de campo. Con estos documentos físicos también hay que crear un documento en word con un balance de los títulos de cada documento y una pequeña síntesis de su contenido como lo hicimos para los documentos electrónicos.

Durante el proceso de ordenación de los documentos electrónicos y físicos, mantenemos abierto el texto de notas de asociación libre para ir agregando lo que se nos vaya ocurriendo sobre la investigación. En este momento las anotaciones pueden implicar transcripciones o referencias a los documentos que estamos ordenando o indicaciones de documentos que nos faltan y que son importantes para un aspecto de la investigación.

Con las entrevistas que realizamos en el trabajo de campo también es adecuado elaborar un índice analítico. Dependiendo de cómo fueron realizadas, hay dos tipos de entrevistas: las que tenemos grabadas y aquellas que hemos recreado a partir de nuestros apuntes. Las entrevistas, grabadas o no, debemos empezar por ordenarlas como hicimos con los documentos. Esto es, crear una carpeta donde podamos incluir todas las entrevistas en formato mp3 y las que se recrearon a partir de nuestros apuntes en un documento en el computador. Todas estas entrevistas, así como con las que estén consignadas en el diario de campo, se las relaciona en un documento con el nombre del archivo o las paginas en el diario de campo donde se encuentra cada entrevista, el nombre del entrevistado (o su seudónimo), la fecha y el lugar de realización. También se puede incluir unas cuantas líneas describiendo las temáticas abordadas en la entrevista.

Como se anotaba antes, no es recomendable sentarse a transcribir en su totalidad todas las entrevistas. Algunos investigadores empiezan la ordenación de los materiales resultantes del trabajo de campo transcribiendo sus entrevistas, lo cual toma un tiempo y energía considerables. Por lo general, esto es un error, una labor que desgasta al investigador. Al final de varias semanas de trabajo se encuentra con decenas (cuando no cientos) de páginas con las cuales no sabe mucho qué hacer.

Para cada una de las entrevistas grabadas y recreadas desde apuntes, se harán índices analíticos que permitirá que la información allí contenida no se pierda entre la montaña de datos que tiende el investigador a traer de terreno. A semejanza de lo que se expuso para el diario de campo, un índice analítico consiste en hacer análisis de contenido detallado de lo que se trató en la entrevista (ojalá referenciando el momento exacto en la grabación, lo cual es posible con las grabaciones digitales o con las grabadoras que tienen contador). Cada entrevista tendría un documento en word con este índice analítico. Es mucho más acertado escuchar las entrevistas o leer los apuntes de las recreadas, empezando de las últimas a las primeras.

Al igual que se hizo durante la elaboración del índice analítico del diario de campo y la ordenación de los documentos, mientras se trabaja en los índices analíticos de las entrevistas se va alimentando el texto de notas de asociación libre con los comentarios y redacciones que se nos vayan ocurriendo. Para este momento del proceso de escritura, es probable que este texto de notas de asociación libre ya contenga bastantes ideas sobre la estructura de redacción del reporte etnográfico (sea éste un informe, una tesis, un artículo o, incluso un audiovisual), así como sobre el contenido del mismo.

### **Esquema de redacción**

El siguiente paso de la escritura etnográfica es la elaboración del esquema de redacción. El esquema de redacción consiste en la guía de escritura/análisis del texto etnográfico. Concretamente, el esquema de redacción es una especie de tabla de contenido detallada del texto que se escribirá. Por tanto, en el esquema de redacción se indicarán los títulos tentativos de cada uno de los capítulos que contendría el texto etnográfico en caso de que sea un libro, una tesis o un informe; o los títulos de cada una de las partes que tendría este texto si es un artículo. Pero además de los títulos de los capítulos o de las partes, se escribirá un breve resumen de un párrafo o dos de lo que tratará el capítulo o la parte en cuestión. Lo más



indicado, sobre todo en el caso de textos extensos como libros, tesis o informes, es que se desagreguen además los subtítulos contenidos dentro de cada capítulo, haciendo a su vez un pequeño resumen de lo que contendrían cada uno de estos subtítulos.

Para armar el esquema de redacción pueden ser útiles las siguientes indicaciones, aunque no deben considerarse unas recetas que hay que seguir al pie de la letra y que funcionan igual para todos. Esto, como en muchos aspectos de las técnicas etnográficas, depende mucho del carácter y estilo de trabajo del etnógrafo cómo se elabora este esquema.

Si se cuenta con un lugar de trabajo, para la elaboración del esquema de redacción se puede empezar imprimiendo la pregunta de investigación en una sola página y colocarla al frente en un lugar visible. Esto con la intención de que siempre que estemos trabajando en el esquema de redacción tengamos presente cuál es en últimas el punto de anclaje del trabajo etnográfico en su conjunto. Luego abrimos un documento en word, al que llamaremos esquema de redacción. Empezamos por definir un título tentativo de lo que será el texto etnográfico.

Este título puede existir desde el proyecto de investigación, pero no es extraño que incluso ya estando escrito el texto etnográfico y a puertas de entregarlo todavía no contamos con un título que nos satisface plenamente. Los títulos son como los bebés: nacen cuando quieren. Así que se puede contar con un título con el cual uno se identifica plenamente incluso antes de empezar a escribir el proyecto de investigación o no hallar nunca uno, a pesar de tener el manuscrito listo.

Una vez se ha escrito el título en el centro, se va al documento que hemos ido trabajando durante el ordenamiento de los materiales, el texto de notas de asociación libre, para recoger de allí las ideas que se nos haya ocurrido sobre la estructura. Contando con estas ideas, en el documento de esquema de redacción lo que hacemos inicialmente es un simple listado de temáticas y subtemáticas que se abordarían en el texto a redactar. Una vez contemos con este listado, hay que definir cuál de estas temáticas son lo suficientemente generales para convertirse en un capítulo, y cuáles temáticas o subtemáticas serían partes de qué capítulos. Todo esto es aún muy provisional, por lo que es importante no desesperarse si de entrada no es muy claro el orden o, como suele ocurrir, hay algunas subtemáticas que cabrían dentro de varios capítulos. Ayuda imprimir una primera versión de este listado y trabajar sobre esta. Si se cuenta con un asesor o un colega interlocutor, también puede ser útil discutir este primer listado con él.

Una vez se tenga la sensación de que los capítulos y sus componentes tienen un orden y consistencia adecuada, el siguiente paso es convertir este listado en el esquema de redacción al escribir los contenidos a abordar en cada uno de los capítulos y sus respectivos subtítulos. Es muy probable que en la redacción de estos contenidos se empiecen a hacer cambios: de ahí que una subtemática se puede convertir en un capítulo, el orden entre los distintos capítulos puede variar o lo que había sido inicialmente considerado como un capítulo termine siendo un subtítulo dentro de otro capítulo.

La elaboración del esquema de redacción puede tomar varias semanas. No hay que salir del paso de esta labor, ya que constituye la columna vertebral del proceso de redacción. Un buen esquema de redacción es aquel que sea coherente y balanceado entre sus diferentes componentes, logrando transmitir una clara línea de argumentación que dé cuenta de la pregunta de investigación. Ahora bien, no se puede perder de vista que el esquema de redacción es una guía para la escritura, por lo que cuando empecemos a redactar el texto es muy posible que modifiquemos de manera puntual o más estructural el esquema de redacción. Esto está bien, y es muy probable que suceda. El esquema de redacción no puede convertirse en una traba para la flexibilidad y el flujo del pensamiento derivados del proceso de escritura. Recordemos que escribir es pensar. Uno no tiene todo claro y solo entonces escribe eso que ya pensó. No, uno tiene algunos referentes y claridades con las que empieza a escribir con la

guía de un esquema de redacción, y en el proceso de escritura cuestiones que se pensaban claras se descubre que no lo están tanto o se empiezan a entender asuntos que ni siquiera habían sido considerados hasta entonces.

Una vez tengamos el esquema de redacción listo, podemos imprimirlo y pegarlo en un lugar visible en nuestro sitio de trabajo como lo hicimos con la pregunta de investigación. La idea es poder tenerlo siempre presente ahora que se empieza la fase de la redacción. El esquema de redacción nos permite tener una visión de conjunto y de cómo encaja algo que estamos escribiendo en el texto en general.

### **El proceso de redacción**

La redacción se recomienda hacerla por capítulos. No hay que redactar siguiendo el orden de los capítulos establecido en el esquema de redacción, sino de menor a mayor complejidad para el investigador. Hay que empezar a redactar aquel capítulo con el cual uno tenga mayor familiaridad y concreción. Los capítulos ‘fáciles’ van primero. Nunca empezar por la introducción, ya que ésta es lo último que se escribe. El orden de lectura y presentación final del texto no es el mismo del orden de redacción. De ahí que la introducción, que es lo primero que aparece y se lee, solo se puede escribir al final cuando se tiene prácticamente listo el texto.

Una vez se empieza a escribir un capítulo, se abre un documento que tendrá como título el número del capítulo o su nombre. Se copia y pega la parte correspondiente de ese capítulo del esquema de redacción, con lo cual se tiene una guía de los contenidos y apartes del capítulo a redactar. Luego se va al texto de notas de asociación libre que trabajamos a medida que ordenábamos los materiales, y copiamos de allí las ideas y fragmentos de redacción que nos sirven para este capítulo. Los pegamos en los apartes correspondientes.

Luego viene una labor crucial y es ir a los índices analíticos del diario de campo y de las entrevistas, así como al archivo de análisis de los documentos electrónicos y físicos, para ubicar los datos relevantes para la redacción de este capítulo. Se debe empezar con el diario de campo. La idea es transcribir (o copiar y pegar) en los puntos correspondientes del capítulo aquellos pasajes donde se refieren observaciones, registros de conversaciones o interpretaciones que sean relevantes.

Después de revisar el índice analítico del diario de campo y de transcribir los datos relevantes para el capítulo, se abordan los índices analíticos de las entrevistas. Se ubican los pasajes relevantes y se transcriben en los apartes correspondientes del capítulo. Es importante no olvidar hacer las referencias de la entrevista concreta de los datos que se van incorporando,

Mantener la voz de los entrevistados para ilustrar ciertos planteamientos del investigador le da vida al texto final, aunque no se debe abusar de esta técnica de escritura. No obstante, lo que se transcribe no es sólo aquellos pasajes que podrían aparecer en el texto final, sino los que son particularmente significativos para la argumentación del investigador así no aparezcan como tales en el escrito terminado.

Luego de explorar todos los índices analíticos de las entrevistas, vamos al archivo de los documentos electrónicos y físicos para hacer un proceso análogo al que hemos adelantado con el diario de campo y las entrevistas. El propósito de este procedimiento es darle una fuerte carnadura etnográfica al capítulo que estamos redactando. Una vez con todos estos datos, nos enfrentamos a la redacción como tal. Al igual que con el texto general, no tenemos que escribir este capítulo en orden, sino que podemos escribir primero los apartes (subtítulos) que se nos hacen más fáciles, y dejar para el final aquellos que supongan mayor grado de dificultad en su redacción.

Es importante dejar abierto el texto de notas de asociación libre para ir haciendo las anotaciones que van surgiendo con respecto a los otros capítulos del texto y que serán incorporados luego cuando les llegue su turno en el proceso de redacción. Como lo indicábamos antes, en esta fase de la escritura es muy probable que descubramos vacíos de información que ameritan viajes puntuales al terreno. En este texto de notas, podemos incluir un aparte con estos elementos para ir elaborando una agenda bien específica que oriente una o varias visitas a terreno antes de terminar la escritura.

Una vez se tiene un borrador del capítulo, se muy útil imprimirlo para después de un par de días leerlo con detenimiento. Esta lectura nos permite identificar vacíos, precisar la redacción de algunos pasajes, así como corregir errores ortográficos y gramaticales. Luego de introducir estos cambios y correcciones, imprimir una nueva versión y que el asesor o un colega de confianza lea y nos comente el capítulo es de gran ayuda para decantar los argumentos y precisar sus fundamentos empíricos, tanto como para evitar los errores de redacción que nunca faltan.

El proceso indicado se repite con cada uno de los capítulos hasta contar con un borrador del texto. Ahora bien, una vez se tiene un primer borrador del texto, es recomendable volver a escuchar las entrevistas, releer el diario de campo y revisar los documentos electrónicos y en físico con los que se cuenta ya que existen algunos datos que sólo en este momento pueden ser considerados como relevantes o incorporados en los resultados. En este momento, entonces, se pueden escribir las conclusiones y la introducción, para dar por concluida la fase de escritura.

### **El texto etnográfico**

Lo que se ha expuesto hasta aquí con respecto a la escritura es aplicable no sólo a los textos etnográficos. En estos últimos párrafos vamos a realizar algunas precisiones sobre las características y especificidades del texto etnográfico, así como algunos de los principales estilos en la escritura etnográfica. Si, como lo planteamos en la primera unidad temática de este texto, la etnografía supone apelar a la descripción de la vida social sin desconocer los significados ligados a ésta, entonces un texto etnográfico es en gran parte descriptivo. La estrategia de la escritura etnográfica se articula entonces en cómo, a partir de las innumerables observaciones y conversaciones sostenidas en terreno, producir descripciones significativas de los aspectos de la vida social examinados. Más todavía, cómo desde estas descripciones se puede no sólo comprender la particular relación entre prácticas y significado para unas personas en concreto, sino también cómo desde allí se iluminan problemáticas de mayor alcance empírico y teórico. No sobra señalar que estas descripciones, destiladas de innumerables observaciones o conversaciones sucedidas durante el trabajo de campo, son ensamblajes textuales producidos por el etnógrafo. La edad de la inocencia en la representación etnográfica ya no es una opción.<sup>4</sup>

Un texto etnográfico es rico en detalles sobre la vida social de personas concretas. Esto no quiere decir que no se encuentren teorizaciones que vayan mucho más allá, pero se lo hace teniendo como anclaje las descripciones e interpretaciones concretas. Los textos etnográficos son empíricamente fundados y de allí derivan sus conclusiones y los alcances de sus generalizaciones. Los textos etnográficos hablan del mundo, de prácticas y significado

---

<sup>4</sup> Durante los años ochenta se sucedieron innumerables debates sobre las políticas de la representación etnográfica y las estrategias retóricas en las prácticas escriturales de los etnógrafos. No es este el lugar para adentrarse en estas discusiones, pero para los interesados puede consultarse Geertz (1989), Clifford (1991) y Stocking (1993). Para una interesante versión francesa de esta discusión, ver Ghasarian (2008).

existentes. No se quedan simplemente en elucubraciones mentales ensimismadas en 'geniales' pensadores o en embrujadores ejercicios exegéticos de autoridades filosóficas o literarias.

En un texto etnográfico no se ahorran detalles acerca de observaciones realizadas durante el trabajo de campo, aunque son más que una simple sumatoria de anécdotas. Un texto etnográfico suele detenerse en la filigrana de una práctica o actividad, recrear con sutilezas los escenarios e interacciones suscitadas en una situación específica. Esto con la clara pretensión de ilustrar un argumento, de fundamentar una interpretación. No es descripción por descripción, sino descripción para la comprensión.

Una etnografía de las corporalidades en las culturas juveniles en una ciudad determinada, puede detenerse durante páginas en una descripción sutil de la filigrana de las prácticas del vestir, en las gestualidades e intervenciones en los cuerpos. Todo esto con la intención de descifrar los marcadores y diacríticos que constituyen la visibilidad y legibles para los mismos jóvenes. Se podría decir que en un texto etnográfico como éste se dibujarían con palabras las corporalidades, los espacios y relaciones que los constituyen y definen, en aras de ofrecer comprensiones situadas, de traducirle al lector la a veces densa filigrana de significados que se encuentran en juego.

Los detalles de los cuales se alimentan los textos etnográficos no son sólo de observaciones adelantadas por el etnógrafo en terreno. Gran importancia tiene traer en la textura etnográfica la voz de los actores. Ya sea como fragmentos transcritos de entrevistas o como expresiones o categorías locales, los textos etnográficos suelen incorporar una textualidad en la que se inscriben las voces de los actores, sus particulares formas de enunciar y significar el mundo. No es extraño, entonces, que un texto etnográfico traiga una larga transcripción de uno de los entrevistados o se reproduzcan diálogos en los cuales se pueda apreciar ciertas inflexiones en las interpretaciones o concepciones locales sobre la temática estudiada.

En las diversas descripciones y polifonía de voces que tienden a producir la textualidad de la escritura etnográfica, no se puede perder de vista que probablemente el grueso de los lectores desconozcan los lugares y vida social a la que se refieren estas descripciones y voces. Por tanto, el texto etnográfico debe ser pensado como una traducción entre mundos y horizontes de sentido que no se entienden sin las indicaciones requeridas. De esta manera, se puede afirmar el etnógrafo funge de un meticuloso traductor de mundos y horizontes de sentido. El sentido local de una palabra, por ejemplo, no se debe dar por supuesta, ni cómo se realiza una actividad o quiénes participan en ella. Hay que partir del supuesto de que el lector puede pertenecer a un país distinto y a otro momento histórico, o nunca haber sido testigo de las actividades que se describen o desconocer los códigos de sentido que permiten el desciframiento de las expresiones locales que nos pueden parecer consabidas.

Así, en el ensamblaje del texto etnográfico no hay que tenerle miedo a lo que, desde cierta perspectiva, puede parecer trivial. Después de un trabajo de campo de meses o años sobre las prácticas de neochamanismo en ciudades como Bogotá, Pasto y Cali, nos puede parecer trivial la descripción detallada de las diferentes actividades involucradas en las tomas de yagé. Después de decenas de tomas, lo que se hace y se dice en ellas tiende a aparecer reiterativo. De ahí que si empezamos a describir lo que sucede en las tomas, es probable que sintamos que estamos escribiendo cuestiones triviales que todo el mundo sabe y que no tienen mayor interés. No obstante, es precisamente eso cotidiano que tiende a presentarse como banal para quienes concurren ordinariamente a estas tomas, lo que le ayuda a comprender lo que sucede y sus sentidos no sólo a los extraños que no han asistido a ellas sino a los mismos participantes.

Un aspecto crucial en la escritura del texto etnográfico consiste en decidir su estilo de redacción. Hasta hace un par de décadas, con el objetivismo como ideología dominante, en la

redacción de los textos académicos se debía expurgar cualquier indicio del sujeto. Se compelia a que los textos fueran redactados en tercera persona, nunca en primera persona. La distancia y la invisibilidad hacían parte de la etiqueta del ‘buen decir’, eran condición de posibilidad para ser siquiera escuchado. Pero más allá de estas estrategias de borratura gramaticales, había que deshacerse de toda presencia del sujeto escribiendo como si se lo viera todo, como si se lo supiera todo, pero sin ser visible al igual que la mirada de dios. Los presupuestos epistémicos del objetivismo han sido absolutamente cuestionados, así como se han puesto en evidencia las implicaciones y compromisos políticos de este imaginario de verdad. Hoy apelar a escribir en tercera persona es un estilo que algunos etnógrafos pueden encontrar adecuado para ellos, pero no es un requisito de escritura.

Cada vez con mayor frecuencia las etnografías son escritas apelando a estilos creativos. Digresiones sobre las emociones del etnógrafo o descripciones enfatizando su particular sensibilidad no son ahora extrañas. Más comunes, sin embargo, son las redacciones donde se aprecia el lugar del etnógrafo y en las cuáles se evidencia lo necesariamente parciales que son sus interpretaciones y descripciones. Se ha claudicado la pretensión de ubicuidad y verdad absoluta del objetivismo.

Dentro de los nuevos estilos de etnografías, podemos hoy encontrar el que apela a recreaciones de diálogos entre personajes que ponen en evidencia tensiones y disensos con respecto a situaciones e historias concretas (cfr. Flórez 1996). Otras etnografías introducen reflexiones cruciales sobre el lugar e implicaciones del etnógrafo en el trabajo de campo y su efecto no solo en la información obtenida sino también en lo que es contado de aquello que no puede serlo (cfr. Espinosa 2010). No obstante, cualquiera sea el estilo seleccionado, debe tenerse presente que ninguna descripción etnográfica es inocente sino que implican una serie de supuestos tanto teóricos como del sentido común.

## Referencias citadas

- Arocha, Jaime. s.f. “Diarios contaos, otra manera de hacer visibles a los afrocolombianos en antropología”. Bogotá, s.f. Documento sin publicar.
- Calle, Horacio. 1990. Hacia una antropología de la vida cotidiana. *Boletín de antropología*. Universidad Javeriana 5 (5): 9-26.
- Cardoso de Oliveira, Roberto. 2004. El trabajo del antropólogo: mirar, escuchar, escribir. *Revista Avá* (5): 55-67.
- Clifford, James, 1991. “Sobre la autoridad etnográfica”. En: Carlos Reynoso (ed.), *El surgimiento de la antropología posmoderna*. pp.141-170. México: Gedisa.
- Cruz, Octavio. 2007. “El trabajo de campo como descubrimiento y creación”. En: María Cecilia de Souza (ed.), *Investigación social. Teoría, método y creatividad*. pp. 41-52. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- Espinosa, Mónica y Benjamín Jacanamijoy. S.f. “Observadores y observados: la etnografía como juego de representaciones” Bogotá, s.f. Documento sin publicar.

- Espinosa, Nicolás. 2010. *Política de vida y muerte. Etnografía de la violencia en la Sierra de la Macarena*. Bogotá: Icanh.
- Evans-Pritchard, E.E. 1976. *Witchcraft, oracles, and magic among the Azande*. Oxford: Oxford University Press.
- Fals Borda, Orlando y Mohammad Anisur Rahman (eds.). 1991. *Acción y conocimiento. Como romper el monopolio con investigación-acción participativa*. Bogotá: Cinep.
- Flórez, Jesús. 1996. *Cruz o 'Jai Tuma' (en el alto Andágueda-Chocó)*. Quibdó: Graficas La Aurora.
- Galindo, Jesús. 1998. *Sabor a ti. Metodología cualitativa en investigación social*. Xalapa: Universidad Veracruzana.
- Geertz, Clifford. 1989. *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós.
- \_\_\_\_\_. [1973] 1996. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Ghasarian, Christian (ed.). 2008. *De la etnografía a la antropología reflexiva. Nuevos campos, nuevas prácticas, nuevas apuestas*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.
- Guber, Rosana. 2005. *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Barcelona: Paidós.
- \_\_\_\_\_. 2001. *La etnografía. Método, campo, reflexividad*. Buenos Aires: Editorial Norma.
- Hebdige, Dick. [1979] 2004. *Subcultura. El significado del estilo*. Barcelona: Paidós.
- Létourneau, Jocelyn. 2007. *La caja de herramientas del joven investigador. Guía de iniciación al trabajo intelectual*. Medellín: Editorial La Carreta.
- Marcus, George. 2001. Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal. *Alteridades* 11 (22): 111-127.
- Osorio, Flor Edilma. 2006. "Las historias de vida, como técnica de investigación cualitativa: Apuntes". Facultad de Estudios Ambientales y Rurales, Departamento de Desarrollo Rural y Regional. Universidad Javeriana. Bogotá.
- Rosaldo, Renato. 1991. *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*. México: Grijalbo.
- Stocking, G.W. 1993 "La magia del etnógrafo. El trabajo de campo en la antropología británica desde Tylor hasta Malinowski". En: H. Velasco *et al.* (eds.), *Lecturas de antropología para educadores*. Madrid: Trotta.
- Uribe, María Teresa. 1993. "Los materiales de la memoria" En: La investigación cualitativa. Módulo 5 Curso de Especialización en la modalidad a distancia sobre investigación en las Ciencias Sociales ICFES – INER. pp. 15-77
- Valles, Miguel. 1999. *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Editorial Síntesis.

Vásquez, María Eugenia. 2000. *Escrito para no morir. Bitácora de una militancia*. Bogotá: Ministerio de Cultura.

Willis, Paul [1978] 2008. *Aprendiendo a trabajar. Cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera*. Madrid: Akal.

Zuleta, Estanislao. [1974] 2004. "Sobre la lectura" En: Estanislao Zuleta, *Elogio de la dificultad y otros ensayos*. pp. 101-111. Cali: Fundación Estanislao Zuleta.